

SEMILLA CÓSMICA

JOHNNY GARLAND

Semilla cósmica

Colección ESPACIO

Semilla cósmica

por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal: B. 9.508 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta - Pasaje De Núria, 8 — BARCELONA

El mundo no había conocido jamás una pesadilla semejante...

Por los siglos de los siglos, la Humanidad no alcanzó a vivir un horror como aquel...

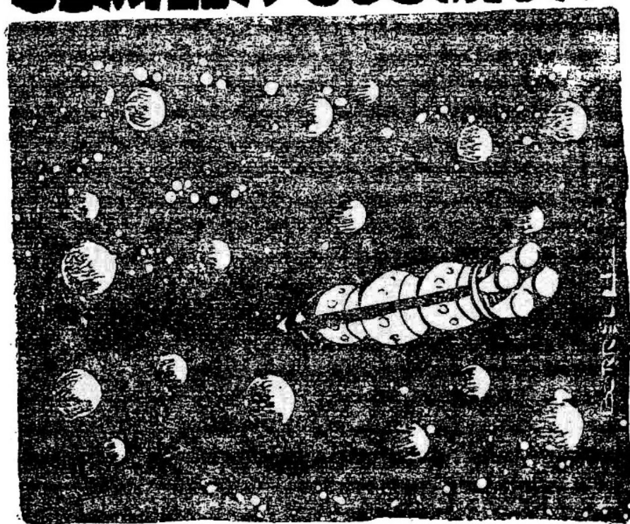
Había empezado la más extraña y pavorosa de las invasiones interplanetarias. El más atroz e increíble de los peligros, procedente de otros espacios, más allá del Sistema Solar...

El alucinante enigma purpúreo llegado de remotos mundos, sumió a la Tierra en el caos y en el pánico más terribles.

¡Porque había llegado el fin de la vida humana!

Y su destructor implacable, su verdugo siniestro y cruel, era simplemente una...

SEMILLA COSMICA



CAPÍTULO PRIMERO

«STAR ARROW»



L experimento había concluido. Y con satisfactorios resultados.

—Bien, mi querido Doyle. Hemos triunfado —sonrió el comandante Forrest, suspirando con alivio—. ¿No te sientes otro hombre, después de esto?

—Creo que sí —el teniente Barry Doyle cerró la pantalla visora. Su alta figura, realzada por el uniforme claro, ligero y veraniego, se irguió entre los aparatos de la instalación—, han sido demasiados esfuerzos, demasiada lucha, para no experimentar la satisfacción del deber cumplido, del objetivo brillantemente alcanzado.

—Hasta hoy, el «Star Arrow» era un simple proyecto, Doyle. Una teoría sin confirmación oficial. Ahora, nuestra querida «Flecha Estelar» ha vuelto a su base, después de recorrer los espacios exteriores.

Doyle asintió, después de comprobar las cifras del altímetro situado frente a él.

—Un millón quinientos setenta y ocho mil kilómetros —recitó, con un silbido admirativo—. Superior a todo cálculo, Forrest. Se había cifrado el techo en el millón o poco más. Lo ha rebasado... y ha vuelto indemne a su base...

—Misión cumplida —dijo con irónica severidad el comandante—. ¿Vamos a ver directamente a nuestra «Flecha», una vez comprobado su viaje por las pantallas de radar, televisión y radiotelescopios?

Asintió el teniente. Ambos militares abandonaron la torre de control y salieron al exterior por una plataforma metálica, de la que descendía una angosta escalera en espiral hasta las amplias pistas de despegue de aquel centro de experimentación de cohetes, en Llano Estacado, Nuevo Méjico.

El personal militar rodeaba ya la soberbia nave puntiaguda, centelleante como un proyectil de plata apuntado el cénit. Acababa de posarse sobre sus reactores de cola, en medio de grandes llamaradas sibilantes, que cubrían de espeso humo una extensión considerable de terreno bajo la nave.

La «Star Arrow» era la misma que dos semanas atrás partiera en viaje fulgurante hacia los astros. Dentro de su cabina, un simple piloto automático, controlado por radio y mantenido por baterías de potentísima carga, había conducido la nave hasta el límite de su alcance. Tras recorrer más de millón y medio de kilómetros, había regresado a la Tierra, tal como estaba previsto si todo salía bien.

Pero, en primer lugar, los dos técnicos de balística intercontinental e interespacial, destinados al experimento, habíanse mantenido escépticos respecto al resultado. Casi tanto como el Gobierno, que no quiso derrochar demasiados dólares en el audaz proyecto del comandante Forrest.

Y ahora, ese proyecto acogido con frialdad en las altas esperas de Washington, era un éxito total, absoluto, que ni siquiera sus propios creadores habían imaginado.

Ya se podían enviar proyectiles, astronaves a los espacios, con la seguridad de que regresarían a tierra. El alcance militar, científico y progresista de tal consecución era realmente sensacional.

Cruzaron las amplísimas pistas de cemento que rodeaban la central de despegue de proyectiles, dotada de numerosos armazones metálicos o de madera, para sostener los gigantescos «Thor», «Júpiter», «Atlas» y «Titán» de experimentación científico-militar.

Se cruzaron con el sargento Reeves, de Sanidad, que regresaba apresuradamente en su «jeep». Forrest lo detuvo con un ademán.

El hombre se acercó.

—¡Eh, sargento! —demandó—. ¿Algún accidente entre el personal al aterrizar el cohete?

—¡Ninguno, comandante! —sonrió el sargento jovialmente—. Todo ha sido perfecto.

—¿Sabe si existen averías en la nave?

—No soy técnico en esas cosas, como ustedes, pero el capitán Talbot decía

que no. Al parecer, el «Arrow» ha vuelto en perfectas condiciones después de su brinco a los cielos. Voló como un angelito... y no perdió sus alas.

Riendo, el sargento siguió adelante. Forrest y el teniente siguieron a paso rápido y largo hacia el punto donde aún humeaban los potentes reactores que habían realizado tan soberbia maniobra de aterrizaje.

Alrededor del «Arrow», soldados y oficiales se entremezclaban, jubilosos, tras la proeza de la nave sin tripulantes. Forrest y Doyle recibieron las cálidas felicitaciones de todos sus compañeros.

El comandante, sereno el rostro color de bronce, sonreía ampliamente con sus labios, aunque la expresión de los oscuros ojos continuaba siendo la suya habitual, grave y solemne. El fuerte sol de la llanura de Nuevo Méjico arrancaba destellos de plata a su ondulada y abundante cabellera.

En cambio, Doyle, más joven y también más alegre de carácter, pronto se contagió del ambiente eufórico de sus compañeros. De pronto, la serena voz del comandante le arrancó del júbilo alocado que le invadía:

—Barry, ven conmigo. Tenemos que hablar...

Se apartó con el comandante, mientras los demás continuaban en derredor del proyectil, haciendo cábalas sobre su futuro y lo que significaría el paso dado en la conquista del espacio.

—¿Qué mil demonios ocurre, Forrest? —preguntó el teniente—. ¿No es eso lo que queríamos? ¿Por qué estás tan serio y al parecer preocupado, si todo ha salido bien?

—Escucha, Barry, nosotros somos hombres de ciencia, además de militares. No debemos conformarnos con el éxito aparente. Hemos de ir más al fondo de la cuestión. El «Arrow» está con nosotros, ha cubierto sobradamente sus objetivos y ha superado los cálculos más optimistas, según el altímetro. Pero yo no estoy totalmente satisfecho.

—¿Y puede saberse por qué? —se burló Doyle—. ¿Acaso esperabas que llegara al Sol?

—No digas tonterías. Lo que espero es que todo haya ido bien a bordo.

—¿Por qué no había de ir bien? El cohete está aquí de regreso. Es una prueba...

—Es una prueba de que el mecanismo funcionó a maravilla. ¿Pero recuerdas que a cierta altura permaneció parado algún tiempo?

—Sí. Creo que fue a los ciento cincuenta mil kilómetros. Lo hemos atribuido a la influencia lunar, que frenó la velocidad del cohete, según creo, impidiendo funcionar el indicador de velocidades, tal vez por alguna influencia magnética.

—Esa es nuestra versión. En el descenso se repitió el hecho a una altura similar.

—Se repetiría el fenómeno.

—Es posible —admitió, con escepticismo, el militar.

—Oye, Forrest, ¿qué estás imaginando ahora?

—Nada... —alzó la voz, dirigiéndose a Reeves, que regresado con su

«jeep»—. ¡Sargento! ¿Han tomado las medidas sanitarias pertinentes?

—Descuide, mi comandante. Todos están informados de que no deben tocar esa nave ni aproximarse a ella más allá de cien metros, en tanto comprobamos su posible radioactividad, la presencia de radiaciones cósmicas y el calor del metal de su armazón.

—Muy bien —el comandante pareció aliviado—. Ven conmigo, Doyle. Creo que debemos celebrar el éxito inicial. Tomaremos algo en la cantina, ¿te apetece?

—Iba a decirte en este momento que tengo la garganta seca —rió el teniente, echando a andar junto a la sólida y maciza figura de Edward Forrest, su amigo y superior.

Desde la cantina, contemplaron el hormigueo de gente alrededor de la brillante y esbelta aguja metálica del «Star Arrow». Tras una larga pausa, habló Doyle, sin apartar sus ojos de Forrest, por encima del vaso repleto de «whisky» con soda.

—¿Qué era lo que temías acerca de ese proyectil, Ed? —preguntó—. Creía que el solo hecho de regresar sería suficiente para contentarte. Los mandos han respondido, el «robot»-piloto ha recogido y cumplido los mensajes a distancia, y el «Arrow» ha vuelto. Sin embargo, no estás satisfecho...

—No sé... Por un momento pensé que manos extrañas habían podido intervenir en esta aparente victoria tan fácil, tan sensacional...

—¿Manos extrañas? —Barry soltó una carcajada—. ¿Es que te has vuelto loco?

—Tal vez —admitió el comandante—. Pero recuerda que no somos nosotros solos los exploradores del espacio. Hay otro país, tanto o más avanzado que el nuestro en el envío de ingenios a la zona interplanetaria. Esa detención en el ascenso y en la bajada podía significar algo distinto a un fenómeno físico.

—¿Por ejemplo? —Barry ya no reía, escuchando a su amigo.

—Una captura momentánea, por parte de otra nave, de un satélite artificial tripulado, o cosa parecida.

—¿Y después nos lo devuelven, como un chico que roba la pelota de otro, y cuando se cansa de jugar se la arroja de nuevo a través de la tapia de su huerto?

—Algo así. Pero entonces, tal vez esa nave no fuera ya la de antes, y constituyese para nosotros un arma destructora, capaz de aniquilarnos. Es lo que temo, y lo que quiero confirmar sin lugar a dudas, antes de que entre nadie a explorar el interior de la nave.

—Es una teoría algo fantástica, ¿no te parece?

—Es posible —admitió, encogiéndose de hombros, el comandante Forrest.

Regresaron a la pista. Tras la comprobación minuciosa del estado del aparato, los detectores y contadores Geiger dieron resultado negativo. Tampoco parecían existir radiaciones cósmicas de intensidad peligrosa. El metal, casi al rojo vivo cuando tomó tierra la nave, estaba enfriándose

rápidamente.

—Yo entraré el primero —declaró fríamente Forrest, cuando Reeves y el doctor Percival le dijeron que el riesgo grande había pasado.

—¿Puedo acompañarte? —pidió Doyle.

Asintió el comandante. Los dos amigos se acercaron a la puerta automática, ante la mirada expectante de todos los presentes. Desde la torre de control, un oficial accionó los mandos interiores a distancia. En medio del general silencio silbó suavemente el mecanismo automático y la superficie plateada se abrió en forma circular, encima de los reactores posados en tierra. Automáticamente también brotó una escala metálica del cuerpo del cohete. Los dos oficiales se miraron. Luego entraron.

* * *

Todo estaba tal como al salir el «Star Arrow».

Terminada la minuciosa investigación de los delicados instrumentos de a bordo, del poderoso motor movido por la energía nuclear que ponía en funcionamiento los reactores y alimentaba las baterías y las instalaciones interiores de la nave, Doyle y Forrest se reunieron frente al complicado cuadro mecánico que movía los destinos de la pieza balística al salir de la atracción terrestre.

—¿Todo en orden? —preguntó el comandante.

—Todo. ¿Y por tu parte?

—Idéntico resultado...

—¿Ves como tus temores eran infundados, Ed? No ha ocurrido nada anormal.

—Ya lo veo —Forrest se encogió de hombros—. Más vale así. Ahora, podemos permitir a los demás que entren aquí, si lo desean. Los indicadores de a bordo coinciden con los de nuestro control. El «Arrow» llegó adonde no podíamos esperar que llegara.

—¿Has recogido los negativos de película de las cámaras especiales? —preguntó Doyle.

—Aún no. Dámelos tú, por favor.

Barry se dirigió a las potentes y precisas cámaras dispuestas en la nave para captar película del viaje emprendido. Sus resortes temporales se habrían disparado, haciendo fotografías espaciadas durante los días de trayectoria a las estrellas.

Regresó después con una caja metálica, repleta de rollos de negativo. Forrest, con auténtico mimo, tomó la caja entre sus manos y emprendió la marcha hacia la salida.

—Bien. El «Arrow» ya no nos puede decir más, Barry —comentó con más optimismo que antes de subir a bordo—. Ahora, el celuloide impresionado nos dará los demás datos.

* * *

Barry Doyle entró en la oficina del comandante agitando alegremente el papel.

—¡Un permiso, Ed! —voceó—. ¡El Alto Mando, en pago a nuestros servicios, nos concede dos semanas de vacaciones, lejos de este odioso encierro, desértico y aburrido! ¿No vas a ir a recoger tu permiso en la oficina del general Willoughby?

—¿También el «viejo» se ha acordado de mí? —sonrió Forrest, burlón.

—Claro. Tienes allí el papelito milagroso esperándote.

—Pues que espere aún un poco más.

—¿Se puede saber qué es lo que esperas ahora?

—El resultado del revelado de los negativos. El capitán Benson ha quedado en informarme inmediatamente.

—¿Y no puedes marcharte sin saberlo? Ya te lo comunicará al regreso.

—No. Creo preferible saber a qué atenerme —se mordió los labios, nervioso—. Me atrae esa película, Barry. Puede explicar tantos misterios del Cosmos que nosotros ignoramos...

Doyle asintió. No experimentaba iguales afanes que Forrest. Él era más tranquilo, menos ambicioso en el hallazgo de nuevos prodigios. No ardía su afán en la voracidad del saber, como su amigo, pero tampoco era indiferente a los progresos en el campo de lo desconocido.

—Te comprendo, Ed —dijo finalmente con un suspiro—. Bien; lamento que no hagamos juntos este viaje, pero ya que prefieres seguir aquí... Yo me marcho hoy mismo. Indiana está lejos, y Jane me espera impaciente. Tengo que disfrutar hasta de la última hora de mi permiso.

—¿Jane? —Forrest sonrió, pensativo—. Creí que habías terminado las relaciones, Doyle.

—Bueno, aquello fue una pequeña pelea.

—Entonces me dijiste muy seriamente que creías que ya habías dejado de amar a Jane.

—Oh, fue motivado por... por las circunstancias.

—Ya —burlonamente, Forrest enarcó sus espesas cejas negras, salpicadas de canas—. ¿No tendría alguna influencia en esas «circunstancias» la bella granjerita de «Los Cedros»?

—¿Helen Culver? —Barry denegó con la cabeza, sin excesiva convicción en el gesto—. Eres diabólico, Ed. No, esa chica es una buena amiga mía, pero nada más.

—¿Quieres que te dé una opinión personal? No creo en la amistad entre un chico soltero y una chica soltera, por muy comprometidos que estén, si él es buen mozo y guapo, y ella es joven y muy atractiva, como Helen.

—Ésa es tu opinión —declaró secamente Barry—. Pero no la mía.

—Bien. A lo mejor eres tú quien tiene la razón. Ya te dije que es un punto de vista personal —el comandante extendió su ancha mano nervuda,

cordialmente—. Buen viaje a Indiana, querido Barry, y buena suerte. Mis saludos a Jane.

Barry agradeció a su amigo la despedida, y abandonó el despacho. Fuera le esperaba un «jeep», con el joven cabo Warton al volante. Subió junto a él, y el cabo preguntó:

—¿A la estación, teniente?

—Sí, cabo —consultó su reloj—. No corra mucho; tenemos tiempo suficiente.

El militar miró hacia lo alto, a los negros nubarrones que se acumulaban en el horizonte, avanzando densa y amenazadoramente.

—Aunque sobre tiempo, no me gustaría que la tormenta nos pescara en el desierto —gruñó Warton—. Al menos en la estación, tendrá usted una marquesina y una sala de espera. Y yo tal vez tenga tiempo de regresar a la base. Cuando caen los aguaceros de esta tierra, el suelo se convierte en una laguna de fango, muy peligrosa.

—Lo sé. Apriete el acelerador, si lo prefiere.

El «jeep» se lanzó por la carretera de asfalto. La verja que cerraba el campo experimental de Llano Estacado se abrió a su paso, tras el examen de su tarjeta de permiso por los soldados de blanco casco y metralleta situados en la puerta.

Después, la ruta de cemento murió en la tierra arcillosa, seca y árida del amplio desierto del sudeste de Nuevo Méjico. El «jeep» rodó dando tumbos por las ondulaciones desérticas, salpicadas de artemisas y de chollas.

CAPÍTULO II

LLUVIA PURPÚREA



L centelleo de un vivo relámpago llenó de livideces cárdenas el desierto ennegrecido por el palio de espesos nubarrones. Barry enarcó las cejas, irritado.

—Nos faltan dos millas para llegar a la estación —dijo Warton de mala gana—. Y no creo que lleguemos antes de que el cielo empiece a soltar agua a mares...

Barry no respondió. Estaba mirando hacia su derecha, a una cerca de madera verde, alegre y brillante, que rodeaba unas parcelas de regadío, verdeantes y jugosas, en torno a un edificio de dos plantas, de muros de rojo ladrillo y pizarroso tejado.

—Ya te dije que teníamos tiempo, Warton habló Doyle—. Vamos hacia allá y esperemos a que pase la lluvia. Falta más de una hora para que pase el tren del este.

—¿Quiere parar en «Los Cedros», teniente? —demandó el cabo, intrigado.

—Sí, por favor.

—Bueno, si lo prefiere... —se encogió de hombros el conductor del «jeep»—. Yo tampoco tengo mucha prisa. Pero a lo mejor el terreno se pone después impracticable y nos cuesta trabajo llegar a la estación...

—Esperemos que no sea así. La lluvia es breve aunque intensa en estas regiones. Y también el terreno absorbe pronto la humedad...

Warton asintió, y un momento después, el «jeep» viraba, dirigiéndose en diagonal hacia la granja de verdes cercas esmaltadas. Minutos más tarde se detenía junto a la puerta de la finca.

Una figura se irguió entre los tallos de las plantaciones de la granja. Bajo un sombrero de paja, amplio y de alas circulares, una cascada de cabellos rubios casi ocultaba un rostro menudo, bronceado por el sol de Nuevo Méjico, duro e intenso durante gran parte del año.

—¡Barry! —exclamó una voz melodiosa y grave, a la vez que unos ojos claros, de tono verde mar, se fijaban en el joven militar con agradable expresión —. ¡Te creía ya lejos del Llano Estacado!

Avanzó a la carrera, soltando unas podadoras de la mano, y se advirtió entonces su grácil y esbelta pero plena figura, ceñida por una blusa a cuadros y un pantalón azul de dril, que se pegaba a sus bellas piernas elásticas.

—Pues no es así —sonrió Barry, saltando del porche—. Aún estoy aquí.

—Como telefoneaste que te ibas con permiso a primera hora... —la joven, risueña, se apoyó en la cerca con sonrisa jovial—. No esperaba verte ya hasta tu regreso.

—No podía irme sin decirte «hasta pronto» —respondió Barry, entrando en el huerto de la granja. Se volvió a Warton, que se quedaba prudentemente en el «jeep»—: Vamos, cabo, puede entrar conmigo. Helen le atenderá gustosa...

El cabo se apresuró a saltar del coche, corriendo tras de su superior. Helen rió.

—Desde luego, cabo. Puede ir hacia la casa. Usted ya conoce a tío Marty, y él le atenderá debidamente...

—Sí, no se preocupen por mí —dijo Warton—. Su tío y yo somos buenos amigos...

Se quedaron solos los dos jóvenes. Mirándose en silencio, y por fin habló Barry:

—Voy a acordarme mucho de todo esto durante el tiempo de mi permiso.

—Pero aun así, te marchas. ¿Es por ella, verdad?

—Sí —asintió Doyle, tras una pausa—. Tengo que ir. Ella sabe que tengo un permiso. Recuerda que el padre de Jane es coronel del Alto Mando. No ir a Indiana ahora, podría significar la ruptura definitiva. Y el coronel Morrow también podría perjudicarme entonces en mi carrera...

—Entiendo. Todas esas cosas te preocupan mucho, ¿verdad, Barry? —el tono de Helen era algo amargo, aunque el joven militar no pareció advertirlo.

—Yo... compréndelo, Helen... Me debo a muchos prejuicios, dado mi cargo.

—No voy a reprocharte nada. Después de todo, no somos más que amigos... Lo único que me preocupa es tu propia felicidad. A veces, tengo miedo de que Jane, su mundo y su familia no sepan hacerte feliz, Barry. ¿Estás realmente seguro de que la amas?

—¿A Jane? —Barry se quedó callado, con el rostro ceñudo—. Creo que sí, Helen... La verdad es que no eres la primera persona que parece preocupada por eso...

Gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre ellos, y tamborilearon en las tejas y cristales de la casa, a la vez que rebotaban sordamente en la seca y dura tierra.

Caminaron rápidamente hacia la casa, corriendo por entre arbustos y plantaciones. Una vez en el porche, Barry se pasó las manos por el rostro, riendo.

—Ya estalló la tormenta. Esperemos que no lo inunde todo, impidiéndome ir a la estación.

—Eh, Barry... ¿has visto tu uniforme? —señaló Helen, sorprendida.

—¿Qué le ocurre a mi uniforme? —se extrañó Barry.

—Te lo has manchado todo... ¿No ves esos manchones morados de tu guerrera?

Barry advirtió que era cierto. Se miró las manos, mojadas por la lluvia. Las extendió, con auténtica sorpresa, mostrándolas a Helen.

—¡Mira! También mis manos... manchadas de color violeta. ¡La lluvia...!

Rápidamente, ambos volvieron los rostros hacia el huerto de la granja de Los Cedros. El estupor les inmovilizó. Una cortina púrpura, de agua torrencial, se interponía entre ellos y el nublado paisaje.

¡El agua de la lluvia era de un intenso y vivido color violáceo-rojizo!

—Bueno... —masculló Doyle—. He visto lluvias extrañas, auténticos chaparrones rojos, por fenómenos atmosféricos. Pero jamás una lluvia color púrpura...

—Es extraño. Nunca había visto nada igual... —musitó Helen, perpleja.

—Lo peor es que mancha todo lo que toca —se frotó las manchas de la guerrera, y no consiguió nada. La humedad se secaba, pero no desaparecían las rodelas amoratadas que la ensuciaban—. ¿Qué mil diablos puede ser esto?

—No te preocupes por ello —rió Helen, tomándole por un brazo—. Mira; también mi blusa y mi pantalón están manchados. ¿Quieres tomar algo antes de seguir camino hacia la estación?

Barry asintió. Entraron en la casa. El afable y corpulento tío Marty estaba atendiendo al cabo Warton, y abrazó con entusiasmo al teniente. Después, advirtió las manchas de su guerrera, y comentó, sorprendido:

—¡Diablo! ¿Es que esa lluvia purpúrea mancha de este modo? —clavó los claros y alegres ojos en el vidrio de la ventana. Parecía correr vino por él, en vez de agua—. ¡Jamás vi nada parecido!

—Ahora que lo pienso, las nubes mismas parecían diferentes a las habituales —declaró de pronto Warton.

—¿Diferentes? —Barry miró a su compañero—. No advertí nada raro en ellas.

—Bueno, lo cierto es que apenas si creí notarlo en tres o cuatro ocasiones, pero cuando iba a decirle algo, volvían a recuperar su aspecto normal, y no me atrevía a pasar por visionario.

—Pero ¿qué mil diablos viste, Warton? —se irritó Barry.

—Eran como... reflejos metálicos, señor.

—¿Reflejos metálicos? —asombrado, el teniente cambió una mirada con el tío de Helen—. Es absurdo, Warton...

—Ya lo sé. Por eso no se lo dije. Pero estoy completamente seguro. A veces, un centelleo que no era de relámpagos, me hería la vista. Era como si hubiera una nube de aviones detrás de las nubes... o como si las propias nubes fueran de metal.

Después de la extraña explicación del cabo, reinó un silencio en la estancia. Era algo insólito, difícil de explicar. Claro que Warton pudo

equivocarse, pero... Sin saber por qué, Doyle no creía que el joven militar viera visiones fácilmente. Era un muchacho inteligente, centrado y positivista.

—¡Miren! —exclamó de repente Helen, con acento inquieto, señalando hacia la ventana de la vivienda—: Ha dejado de llover...

Todos los ojos se centraron en el rectángulo de cristal.

Era cierto. La misteriosa lluvia púrpura ya no caía sobre el desierto.

Y, lo que era aún más extraño y desconcertante, las nubes habían desaparecido del cielo como borradas por arte de magia...

* * *

Jamás pensó Barry Doyle que su viaje de permiso fuera tan poco feliz, tan sombrío y preocupado.

Dejó atrás Nuevo Méjico con auténtica inquietud. Le hubiera gustado hablar con Ed Forrest, antes de alejarse; contarle lo de la rara lluvia, la visión del cabo Warton y todo lo demás.

Él pugnaba por explicarse el fenómeno, y no acababa de ver la razón del mismo. Una llamada telefónica al centro meteorológico de Llano Estacado, no les dio información alguna. Se habían registrado chubascos sin importancia, en algunos puntos de la región. Pero no tenía referencias sobre una coloración anormal de las precipitaciones, ni tampoco que nubes de una especie fuera de la corriente se acumulasen sobre el desierto. Esta falta de referencias al fenómeno, más bien le inquietaba que otra cosa.

El tren le llevaba rápidamente hacia el este, por las vías de hierro que devoraba vertiginosamente la rugiente locomotora diésel. Barry, asomado a la ventanilla, clavaba sus ojos en la inmensidad arcillosa del Llano Estacado, que quedaba en la distancia, rodeado de largas y planas «mesas» rojizas.

Meditaba.

Pensaba en Helen también. Y en la pregunta que la muchacha le hiciera en el huerto de Los Cedros: «¿Estás realmente seguro de que la amas?».

Y él no había contestado. En realidad, tal vez no hubiera sabido qué decir. ¿Estaba seguro de algo, relacionado con Jane y su lejano mundo social y burocrático de Indiana?

No, no podía estar seguro de eso. Ahora, después de los largos meses enterrados en Llano Estacado, en la base militar de balística intercontinental y espacial, que en un principio le pareciera un auténtico infierno, iba a volver a la vida provinciana del distrito residencial de Indianápolis. A las partidas de «cricket» o de «golf», a las veladas entre combates de «bridge», carambolas de billar y conversaciones aburridas sobre política, problemas militares o anécdotas archiconocidas.

El coronel Morrow, la señora Morrow y la dulce y apacible Jane. Demasiado dulce y apacible tal vez.

De pronto, se encontró comparando a Jane con Helen. Esta era más juvenil, más llena de vitalidad y energía. Junto a ella se sentía uno seguro,

firme, capaz de todo. No había ambiente que ahogase ni personas que oprimiesen. Tío Marty era bonachón, tosco pero cordial y alegre. «Los Cedros» era un lugar sencillo y encantador, con olor a tierra húmeda y a vegetación. Sin «cricket», sin «bridge» ni charlas provincianas...

Pero todo eso quedaba ahora atrás. Y empezaba a darse cuenta de que las dos semanas iban a ser largas, muy largas para él. Había aprendido a amar Nuevo Méjico, y la base militar, y los experimentos balísticos, y la amistad de Ed Forrest... y la proximidad tonificante de Helen Culver...

* * *

El permiso fue mucho más corto de lo que Barry esperaba. Y nunca supo a ciencia cierta si se alegró por ello, o su brusca interrupción le causó una profunda impresión inquietante y tensa.

Lo cierto es que acababa de regresar con Jane de un baile dominical en el Círculo Militar de Indianápolis, anticipándose a la vuelta de los padres de Jane, que venían en el coche del coronel. Barry conducía el automóvil de su prometida, y al descender ante la vivienda de East Avenue, Barry tuvo el presentimiento de que algo sucedía.

El hecho de que la luz de la ventana del «living» estuviera encendida, no parecía tener importancia, pero en el acto temió algo indefinible, inexplicable. Sintió un leve estremecimiento, y Jane lo advirtió. Mirándole pensativamente, preguntó:

—Barry, ¿ocurre algo? Pareces preocupado.

—Sí, Jane. Lo estoy... y no sé por qué... —declaró él, avanzando hacia la casa.

Jane le siguió a duras penas, después de cerrar la portezuela del coche. Les abrió Habsworth, el mayordomo, y en el acto hizo el anuncio que, subconscientemente, estaba temiendo Barry:

—Señor Doyle, un caballero ha venido preguntando por usted. Le espera en el «living».

—¿Ha dicho quién es, Habsworth? —preguntó Barry, nervioso.

—Sí, señor Doyle. El comandante Edward Forrest, de la base de Nuevo Méjico...

Sin esperar a más, Barry penetró como un alud en el «living» iluminado. Allí estaba Forrest. Parecía más delgado, menos personal con sus ropas civiles. Pero su aspecto era igualmente magnético. Se volvió hacia él, dejando a un lado un volumen del anaquel inmediato al canapé, y le miró con sus profundos ojos oscuros, que ahora, aparecían febriles, en el centro de unos cercos oscuros.

—Hola, Barry —saludó sencilla y cordialmente—. Al fin has llegado...

—¡Ed! —se apretaron calurosamente las manos—. ¿Qué mil diablos haces en Indiana?

—He venido por ti, Barry. Perdóname, pero tenía que hacerlo. Eres mi

único colaborador leal, tal vez tú sólo creas aún en mí y no me tomes por loco. Te necesito.

—¿A mí? —perplejo, Barry no supo qué decir. Tras él, sonó la puerta. Su volvió; Jane estaba allí, entre sorprendida y molesta por la interrupción de Forrest. Lo miró largamente, y Barry se vio forzado a presentarles:

—Este es Ed. Ed Forrest, Jane. Te he hablado mucho de él en mis cartas y personalmente, ¿recuerdas?

—¿Cómo no? —la muchacha se adelantó, cambiando la expresión—. Mis saludos, comandante. Doyle me ha hablado mucho de usted. Es un placer conocerle.

—Lo mismo digo, Jane —hizo un guiño a Barry—. Guapa chica, muchacho. Te felicito.

Rieron todos. Pero rápidamente, Ed volvió a su gesto grave y varió de tono:

—¿Podríamos hablar un momento a solas, sin pecar de incorrectos?

—Naturalmente —sonrió Jane—. Estoy segura de que será algo importante, cuando ha venido hasta aquí en busca de Barry. Pero si intenta alguna jugarreta, no alimente esperanzas, comandante. Barry seguirá aquí la semana que le queda. Por encima de usted, está la autoridad de mi padre. Y él no le dejará marchar, si no le dejo yo.

—Prometo no exigirle nada como superior —dijo Ed con severidad algo hostil—. Pero si él fuera quien deseara volver a la base... entonces no creo que sirviera de nada su padre, señorita Morrow.

—No, no serviría —aprobó ella, adelantando belicosamente su barbilla—. Pero entonces, sería yo quien pudiera más que usted, comandante Forrest.

Se inclinó, entre burlona y cortés, y salió del «living». Su voz sonó en el vestíbulo tras haber cerrado la puerta explicando sin duda a sus padres lo que ocurría.

—Bien —Barry miró con cierta agresividad a Ed—. ¿Qué es lo que tienes que decirme? Has abierto las hostilidades contra Jane sin que yo sepa nada aún. Te advierto extraño, diferente. Algo ha operado un cambio en ti, Ed. Me gustaría saber lo que es...

—Es algo que me está volviendo loco, Barry... —se pasó una mano algo trémula por los cabellos—. Tú... tú puedes ayudarme o terminar con mis pocas esperanzas.

—Antes has dicho ya algo de eso. Te escucho. ¿Qué es lo que ocurre realmente?

—Ha llovido, Barry. Ha llovido en la base de Llano Estacado.

—¿Y bien? —Doyle no quiso dar un tono especial a su voz, pero la sintió tensa.

—Lluvia purpúrea —dijo roncamente Forrest—. Una lluvia color rojo-morada. En «Los Cedros» también. Y en un radio de casi cinco millas a la redonda... teniendo como centro nuestra propia base.

Barry no dijo nada. Respiró con fuerza, sin quitar los ojos de Ed. Éste

seguía:

—El cabo Warton me contó vuestra aventura del día que te marchaste con permiso. También Helen y su tío me dieron su propia versión. Me he puesto en contacto con todos los centros meteorológicos de la región. Nadie sabe nada, nadie prevé esas lluvias o las registra. Duran apenas un minuto, Barry.

—Y bien, puede ser un simple fenómeno atmosférico, un exceso de calor o de sequedad climatológica...

—No es eso —denegó rudamente Forrest—. No hay sequedad excesiva, según los barómetros. No hay temperatura elevada, no más que cualquier otro año. Y están... las nubes metálicas.

—Esa historia te la contó Warton, no cabe duda.

—No me habló de ella hasta que yo mismo cité mi impresión propia del otro día. Vi esas nubes con brillo, Barry. Tenían un fulgor extraño, reflejaban la luz a intervalos fugaces, casi inapreciables.

—¿Y todo eso ha podido quitarte el sueño, Ed? —bromeó Barry, ocultando su propia preocupación—. Es infantil, compréndelo.

—No, Barry. No es infantil. Te ruego que vengas conmigo, que me ayudes...

—¿A qué, en busca de qué, en razón de qué? No ha ocurrido nada terrible, creo yo. Si todo lo que somos incapaces de comprender nos asustara, viviríamos en un constante temor. Tienes que salir de ese marasmo nervioso, Ed, o acabarás realmente loco.

—Eso es lo que dice el sargento Reeves, el general mismo, el doctor Bennett y todos los demás compañeros de la base. Pero han ocurrido cosas, Barry. Cosas que ignoras.

—¿Por ejemplo?

—El «Star Arrow».

—¿Qué le pasa al proyectil?

—Hay algo en él. Algo que no es normal. Se ríen de mis temores, pero... estoy seguro de que la base de emplazamiento del proyectil es justamente el centro del radio de acción de la lluvia púrpura.

—Eso es muy problemático, Ed. No puedes asegurarlo. Además, ¿qué puede haber en el proyectil para que...?

—No lo sé. No sabemos nada de nada sobre el «Star Arrow». Las películas, una vez reveladas, resultaron negativas. Todo se había borrado de ellas.

—¿Cómo?

—Quiero decir que si algo se impresionó en la película, inexplicablemente se veló después. Se ven manchones, formas inconcretas, en total... en absoluto nada.

Se mantuvo el silencio. Barry parecía altamente sorprendido. Forrest añadió:

—Y allí donde ha caído la lluvia púrpura, han ocurrido cosas extrañas, inexplicables...

—¿Qué cosas, Ed? —hacía la pregunta casi con miedo.

—Ha empezado a brotar vegetación. Una vegetación exuberante, densa y de coloración violácea. La granja de «Los Cedros» se está viendo inundada de hierbas y vegetales amoratados, la base ve crecer tallos donde antes todo era desierto arcilloso... e incluso en los objetos más diversos, mojados por ese agua sorprendente, un musgo, color lila precede al brote de tallos inauditos...

—¡Cielos, Ed! ¿Y qué explicación dan los demás científicos a eso?

—Lo atribuyen a una coloración por falta de clorofila, a un singular fenómeno sin trascendencia. Y hasta encuentran precedentes a sus versiones, acumulan datos... ¡Pero a mí no me convencen, Barry! ¡Hay algo diabólico, algo infernal y horrible en esas plantas, en esa lluvia, en todo lo que está ocurriendo allí! Barry, tú y yo podríamos investigar, trabajar a fondo en el asunto, tratar de hallarle una justificación, una explicación convincente...

Barry meditaba. No duró mucho su silencio. Cuando alzó la cabeza, tras escuchar la apasionada demanda de Forrest, su angustiada ansiedad por obtener cooperación y fe, su respuesta fue sencilla, clara:

—Está bien, Ed. Iré contigo a Llano Estacado. Ahora mismo, si es preciso. El permiso ha terminado... digan lo que digan el coronel y su hija.

—Dios te bendiga, Barry —emocionado, el comandante oprimió con ambas manos los hombros del teniente—. Gracias, amigo, muchas gracias...

* * *

Y fue cuando Barry Doyle volvió a su alojamiento, en Indiana, el momento en que se enfrentó por vez primera al horror.

Con sus propios ojos, apareció este ante él. Escapó, exuberante y lujurioso, al alzar la tapa de su pequeña maleta de piel. Allí donde antes estaba el uniforme, con sus descoloridas manchas violáceas de lluvia... ahora brotaban plantas retorcidas, hojas y tallos de un vivo color púrpura, que rebosaron del reducido recinto, mostrando su nacimiento sin lugar a dudas.

¡Aquella vegetación escalofriante había nacido y crecido precisamente sobre las manchas de la tela del uniforme!

Como si fuese el mejor de los campos abonados, el tejido se convertía en vivero vegetal.

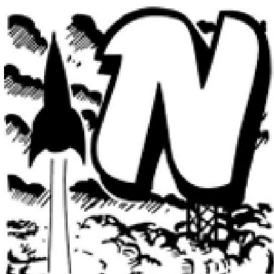
Horrorizado, Barry retrocedió con los cabellos de la nuca erizados. Por primera vez, en su vida, supo lo que era sentir auténtico miedo, una sensación lindante con el más vivo terror...

Y allí, ante él, exuberante y densa, la asombrosa maceta de plantas vivas que era su maleta, seguía ofreciéndole la incógnita de un enigma desconcertante, increíble...

Un enigma que parecía confirmar los temores de Ed Forrest...

CAPÍTULO III

MISTERIO VEGETAL



O sería fácil para Barry Doyle olvidar el viaje de regreso a Nuevo Méjico.

Iba enfundado en un nuevo uniforme, mientras el anterior, con la propia maleta, había ido directamente a los laboratorios de la Oficina Federal de Investigación, en Washington, para su análisis.

Los dos amigos, a bordo de un avión que les depositó rápidamente en Santa Fe, tomaron desde la capital del Estado el ferrocarril que les dejaría cerca de la base de Llano Estacado. Ambos iban sumidos en un silencio tenso, sombrío y taciturno. Recordaban la alucinante presencia de los vegetales en la maleta, surgidos al parecer por un prodigio inexplicable o por una espontánea generación, inconcebible para una mente normal.

Barry casi había olvidado que su repentina ausencia de Indiana significaba la ruptura definitiva con Jane. Ella se lo había expresado, clara y contundente, cuando se enteró de su decisión:

—¿Te marchas, Barry? ¿Después de tanto tiempo sin vernos, eres capaz de terminar tu permiso apenas transcurrido la mitad del mismo, y cuando nadie te obliga a ello?

—Forrest es mi comandante, Jane... —había empezado a decir él.

—Tu comandante no puede nada, Barry, si papá se opone. Basta una palabra tuya, y...

—No me has dejado terminar, Jane —fue la réplica un poco seca de Doyle —. Además de mi comandante, Forrest es mi amigo, casi un hermano. Me necesita ahora con absoluta precisión, con urgencia inesperada...

—Yo también te necesito, Barry.

—No tanto como él. Lo siento... pero me voy a Llano Estacado. He de hacerlo, Jane. Quiero que comprendas y...

—¡No comprendo nada! —la dureza asomó entonces en la voz de la joven. Sus ojos centellearon, agresivos, clavándose en Barry—. ¡Tendrás que elegir entre su amistad o mi cariño, Barry! No estoy dispuesta a que ese Forrest me gane la partida, por camarada tuyo que sea y por muchos que sean sus apuros...

—Está bien —Doyle respiró hondo antes de exponer crudamente su resolución—. No quería llegar a una cosa así, Jane. Hubiera tenido arreglo todo, de ser tú algo más comprensiva. Ahora, lo lamento mucho, pero me voy, Jane.

—¡Barry! —ella retrocedió, como golpeada por un mazo invisible.

—Estás a tiempo de ser más blanda y ponerte en razón, Jane. Espero volver pronto y entonces nada me arrancará de tu lado...

—No, Barry. Puedes ahorrarte ese nuevo permiso. Yo no tengo el menor deseo de que vuelvas, si te marchas ahora. Pero olvidaré el incidente si eres tú quien razonas.

—Adiós, Jane. No me verás más, si realmente lo deseas así...

Ella se mantuvo firme. No le detuvo cuando avanzó hacia la salida. Barry no miró atrás. Y de ese modo se habían separado.

Pero aún eso tenía poca importancia para los sucesos que se perfilaban en el horizonte.

La llegada a la base militar de Llano Estacado, se hizo con aquel mismo silencio hosco que presidiera todo el viaje desde Indiana.

Barry, aturdido, se irguió en el «jeep» que les trasladaba desde la estación del ferrocarril, al pasar frente a «Los Cedros». La granja de los Culver era una selva exuberante y violácea, de pasmosa densidad. El edificio aparecía totalmente oculto tras aquella muralla de vegetación. Su color, su naturaleza, era idéntica a lo que viera en su maleta, pero mucho más crecida, hasta un tamaño gigantesco y desusado.

Quedó asombrado.

—¡Dios mío! —jadeó—. ¿Y eso? ¿Es que el Gobierno no ve eso?

—Sí, teniente —el soldado que tripulaba el «jeep» se volvió, grave la expresión—. Pero todo lo que está ocurriendo carece de sentido. Esperamos los informes de los técnicos que analizan y estudian esa rara vegetación.

—¡Ha crecido terriblemente desde que yo me ausenté, hace tres días! —masculló Ed Forrest, alarmado—. Diga, soldado, ¿ha ocurrido algo durante mi ausencia?

—Naturalmente que ha ocurrido, señor —respondió el chófer—. «Eso» se extiende por todas partes. ¡Mire!

Miraron los dos oficiales. Una simultánea exclamación de asombro y de horror brotó de sus gargantas. ¡El desierto, ante ellos, era una vasta, enorme extensión selvática, de grandes tallos, gigantescas hojas y brotes, y todo ello de un vivo y fortísimo color púrpura!

—¡Cielos! —Barry sentíase realmente enfermo ante el fenómeno inexplicable—. ¿Y Helen y su tío?

—Están bien, señor —sonrió el soldado—. Se alojan ahora en el campamento militar. Allí hemos logrado segar los tallos y brotes, pero no hay forma de extirpar las raíces del suelo. Toda la tierra tiene un color amoratado indudable. En cambio, la granja de Marty Culver y las de otros hacendados de esta zona están totalmente invadidas por las plantas. Se enroscan en los

muros, penetran por las ventanas, crecen hasta taponar todas las aberturas y llenar el interior de los edificios. Es algo inaudito.

—Inaudito... —Forrest se mordió los labios—. Yo les avisé con tiempo. Les avisé... y no quisieron escucharme. ¿Por qué no tratan de talar esas plantas gigantes del desierto y de las haciendas? Acabarán con todo rastro de vida...

—Se ha intentado, pero sin mucho éxito. Son precisos equipos especiales para segar plantas de tal magnitud. El Alto Mando los ha solicitado urgentemente, y se esperan de hoy a mañana en la base. La guerra contra las plantas comenzará pronto con toda violencia.

—Pidamos a Dios que sirva de algo —musitó fervorosamente Forrest, sin la menor convicción.

El «jeep» siguió su camino, dando un amplio rodeo a la zona del desierto cubierta por la flora sin verdes. Momentos después, llegaban a la base de experimentación.

* * *

El informe del soldado no era erróneo. Barry pisó las explanadas, en torno a las pistas de cemento, asombrándose de su fuerte coloración violácea, y de los tallos de hierba que, como si fuera una maldición, se apresuraban los soldados de servicio a cortar con las segadoras mecánicas, dejando de nuevo pelado el terreno... pero sin perder su color.

Barry detuvo a un cabo sudoroso, que daba órdenes, mientras las cuchillas afiladas de su segadora arrasaban las plantas purpúreas.

—¡Eh, cabo! ¿Cómo va el trabajo? —preguntó.

—Endiabladamente mal, señor —respondió el otro—. La hierba crece más deprisa de lo que nosotros podemos actuar. Esta vegetación está maldita, créame. A veces me da la impresión de que se burla de nosotros.

—¿La hierba? —rió Doyle—. Veo que aún le queda el buen humor, cabo...

—No es buen humor, señor. Es un temor que de vez en cuando me asalta. Créame, casi parece viva...

Barry siguió adelante. Los soldados trabajaban activamente en limpiar el terreno. Allí, en el centro, como una enigmática y fría torre puntiaguda apuntando a los cielos, continuaba el «Star Arrow», tal como él lo dejara al marcharse.

Lo estudió con calculadora, expresión. ¿Sería posible que el temor de Forrest, un temor que estaba confirmándose paulatinamente en otros detalles, fuera cierto por completo? ¿Estaría en la inanimada y muda forma del proyectil estelar el secreto de aquel desconcertante fenómeno?

Fue aquel mismo día cuando Forrest, Doyle y otros jefes se reunieron en el despacho privado del general al mando de la base. Existía un ambiente tenso y expectante entre los militares reunidos allí. Y casi todas las miradas se centraban en Forrest, esperando que él pudiera explicarles la causa del peligro

vegetal que les amenazaba.

El general habló clara y fríamente en un principio:

—Señores: estamos aquí reunidos para tratar de llegar a un acuerdo y también a una acción conjunta de todos nosotros, frente a ese extraño peligro vegetal que puede arruinar las haciendas, granjas, bases militares e incluso poblaciones y núcleos urbanos, si continúa extendiéndose y creciendo así. El comandante Forrest, aquí presente, fue el primero que experimentó un temor que entonces nos pareció ingenuo, sobre la naturaleza de esa sorprendente lluvia violácea que sufrimos en varias ocasiones. Ahora, sabemos por él y por su compañero, el teniente Doyle, que allí donde cae esa lluvia, crecen las plantas, sea tierra, tejidos o piedra firme. El único cuerpo donde no parece tener fuerza para desarrollarse la nueva materia vegetal es el metal. Tampoco en los cuerpos vivos, naturalmente. Por favor, comandante Forrest, ¿quiere tener la bondad de exponer su teoría sobre ese fenómeno?

Ed se puso en pie. Severa, gravemente, comenzó a exponer lo que consideraba evidente:

—Señores, no admite dudas que la floración purpúrea ha comenzado apenas cayeron las gotas de esa lluvia violácea sobre la tierra. Y también podemos observar que esa lluvia comenzó a caer... poco después de tomar tierra la «Flecha Estelar», tras su viaje espacial, del que ninguna referencia gráfica poseemos, por la sorprendente forma en que se velaron las películas, a lo que no se ha encontrado explicación hasta hoy.

—Un momento, comandante, ¿adónde va a parar con esa teoría? —saltó el capitán Benson—. Su imaginación me recuerda a veces la de Julio Verne. ¿No está esbozando una alegre fantasía propia de novela? Acumula demasiados misterios sin relación aparente entre sí.

—Usted es un escéptico, capitán, pero hemos de abrir los ojos a la evidencia —saltó Forrest, virulento—. Me han pedido mi opinión y voy a darla. Pueden rebatirla después o admitirla como buena. Pero mi criterio rotundo, concreto, es que esa vegetación no pertenece a nuestro mundo.

Hubo un revuelo de murmullos y una gran cantidad de expresiones atónitas.

—¿Qué diablos quiere decir, comandante? —gruñó el general, sorprendido.

—Lo que he dicho. No hay plantas de ese color ni de ese tamaño, ni siquiera en las junglas menos exploradas del mundo. Esa lluvia parecía venir detrás de la «Flecha estelar», y con ella la vegetación. Es como si hubieran hecho juntas el viaje a la Tierra.

El capitán Benson estalló en carcajadas.

—¡Formidable, comandante! —aulló entre risas—. ¿Por qué no vende ese argumento a Hollywood? ¡Se hará de dinero, créamelo...!

Ed miró con furia contenida al oficial que le increpaba. El general se apresuró:

—Vamos, vamos, señores, tengamos calma y no perdamos la paciencia.

Usted, capitán, hará bien en mantenerse prudente mientras se discute.

—Le ruego me disculpe, señor —Benson se rehízo con dificultad—. Pero la teoría del comandante es propia de los cuadernos gráficos infantiles que se venden a diez centavos en cualquier librería. No he podido contenerme al oírle, porque creí que nos habíamos reunido para tratar seriamente el caso, señor.

—Y esa es nuestra intención —el general miró de hito en hito a Forrest—. Le agradecería que moderase su fantasía, comandante. Quiero hechos concretos, no imaginativas teorías. Esa vegetación, sea cual sea su color, forma y tamaño, puede tener un origen perfectamente terrenal. Una carga radioactiva en la atmósfera o en las precipitaciones, un fenómeno atmosférico poco conocido, cualquier cosa de explicación fría y científica, puede justificar el misterio y quitarle su aire sensacionalista.

—¿Y hay planta terrestre que pueda crecer sobre un traje guardado en una maleta, por el simple hecho de haber sido mojado por esa lluvia de extraño color? —intervino vivamente el teniente Doyle.

Hubo un largo silencio.

Todos los ojos se centraron en él. El general tragó saliva, y repuso:

—Los expertos en floricultura de Washington resolverán sobre la naturaleza de esos vegetales, tras un análisis detenido de los mismos, teniente Doyle. Tal vez encuentren también una explicación a ese misterio...

En aquel momento, la asamblea militar sufrió una brusca y dramática interrupción. La puerta del despacho se abrió con fuerza, y el cabo Warton apareció, juntamente con Marty Culver, muy agitados y demudados los dos.

—¡Señores! —exclamó el general, incorporándose irritado—. ¿Qué significa esto?

—He tratado de contenerle, señor! —objetó el cabo—. ¡Pero el señor Culver insistió furiosamente, y me arrolló hasta llegar aquí...!

—Señor Culver, ¿qué es lo que ocurre para que así desobedezca mis órdenes? —preguntó el general fríamente—. Usted y su sobrina han sido autorizados a residir aquí, en tanto se estudian las medidas para devolver a su granja la normalidad, pero eso no significa que puedan libremente...

—¡A eso mismo he de referirme, general! —exclamó sordamente el tío de Helen, perdida su habitual compostura, ante la franca sorpresa de Doyle—. ¡A mi granja!

—¿Qué le ocurre a su granja ahora? Ya le dije que hemos de esperar instrucciones del Alto Mando para...

—El Alto Mando, general, llegará tarde ya, haga lo que haga... —dramáticamente, con todos los ojos clavados en él, y en medio de un silencio espeso y rígido, remachó Marty Culver su información—: ¡Los vegetales acaban de destrozar toda mi hacienda!

—¿Eh? —saltó el general, desconcertado—. ¿Qué quiere decir, Culver?

—Lo que he dicho, lisa y llanamente. Los brotes y tallos de vegetación violácea, se han enroscado en torno al edificio de mi granja, han abrazado, por

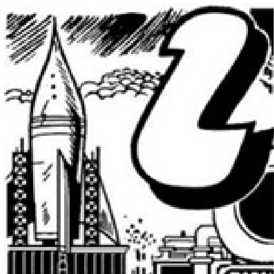
así decirlo, las paredes de la casa... y de repente, parecen haber estrechado ese abrazo. En una palabra: han aplastado las paredes y han hundido la finca, hasta hacer de ella un montón de escombros, sobre el cual se yerguen ahora, triunfantes... ¡Y crecen sin cesar!

Después de aquel impacto a la sensibilidad de todos los presentes, el silencio duró unos segundos largos, interminables al parecer.

Y casi inmediatamente, como de mutuo acuerdo, todos se pusieron en pie a una, y se lanzaron en tropel hacia la salida, precedidos por Culver, y por el propio general, que se aferraba frenéticamente al brazo del granjero.

CAPÍTULO IV

SEMILLAS INFERNALES



A hilera de rostros demudados contempló la escena.

Ojos sombríos, inquietos, se fijaban en el montón de ruinas, de muros resquebrajados y techumbre aplastada que era la granja de «Los Cedros». Parecía imposible una destrucción tan rápida y contundente en tan escaso margen de tiempo.

Pero la prueba era evidente.

Barry aún recordaba el aspecto amenazador, colosal, de las plantas violáceas, cuando unas horas antes pasó en el «jeep» hacia la base. Pero nada hacía pensar en esto.

Miró a Helen y a su tío Marty. Ambos aparecían pálidos, muy emocionados y abatidos ante lo que aquella extraña, flora había hecho de su propiedad humilde y sencilla.

Sobre las ruinas, los enormes tallos, los gruesos brotes de anchísimas hojas ovales, parecían descansar satisfechos, reptaban por encima de los fragmentos de edificios, en perezosa siesta glotona. Barry evocó, sin saber por qué, el aspecto de Pantagruel, tendido tras el festín.

—¡Tenemos que atajar esto! —aulló de repente el general, señalando con tembloroso dedo el desastre—. ¡No me importa lo que decida el Alto Mando ni lo que opinen los técnicos en herbología! ¡Quiero la total destrucción de esas malditas plantas!

—Cuidado, señores —advirtió fríamente el comandante Forrest, saliendo lentamente del grupo de expectantes militares—. No perdamos la serenidad. No sabemos lo que eso puede ser. Soy tan decidido defensor de la acción inmediata como usted, general. Pero eso hubiera estado mejor unos días antes.

—¿Y ahora? —estalló el general—. ¿Es que ahora piensa que las cosas están mejor?

—Por el contrario, señor. Las cosas están mucho peor. Pero no se resolverán atacando a la desesperada. Esas plantas han crecido mucho, pueden ser un vehículo destructor terrible... mucho peor que lo han sido ahora.

—¿Y qué sugiere usted?

—Esperar. Saber su naturaleza, tras los análisis técnicos, y atacarla entonces de acuerdo con la misma y sus posibles puntos débiles.

—Tonterías, comandante Forrest —era el capitán Benson quien hablaba. Había aparecido con un «jeep», a gran velocidad, deteniéndose tras la hilera de impresionados y silenciosos espectadores—. Aquí traigo el arma precisa para atacar a ese horror vegetal.

Todos miraron hacia el interior del coche. Vieron la hilera de bidones de gasolina, los cuatro o cinco cartuchos de dinamita provistos de largas mechas, y la potente segadora.

—Rociaré todo eso con gasolina. Después, arrojaré los cartuchos, con la mecha encendida. Será una destrucción total y absoluta, que completaremos segando luego los tallos chamuscados, hasta dejar esto sin una sola raíz.

—Es un buen sistema —aprobó el general, tras una vacilación.

—Para llevarlo a cabo, es preciso que alguien entre ahí, y arroje la gasolina entre las plantas —observó seriamente Forrest.

—Yo mismo puedo hacerlo... —se ofreció en el acto Doyle, avanzando hacia el «jeep».

—¡No! —le negativa de Forrest fue áspera, dura y cortante. Barry, a su pesar, se detuvo en seco, mirándole con estupor. El comandante añadió más suave—: No, Barry, tú eres mi auxiliar más eficaz. Preferiría que no fueras tú...

—Pero, Ed, ¿qué mil diablos sugiere usted? —rio Benson—. ¿Qué un ser humano puede ser presa de esas plantas? Que yo sepa, no hay vegetación carnívora en América.

—Aun así, no quisiera que el teniente Doyle se arriesgase... por ahora —sostuvo fríamente Forrest—. Dejemos eso, hasta esperar el informe de Washington, y...

—¡El informe de Washington! —el tono de Benson fue despectivo—. Estoy harto de formalidades, Ed. Por favor, cabo Warton, ¿quiere ayudarme usted mismo? Vamos a destruir esas malditas plantas como si fueran un campo de coles. Deme esos bidones... Coja usted los cartuchos, y adelante...

El general no objetó nada. Forrest le miró, esperando su negativa, pero el jefe militar de Llano Estacado eludió su mirada y no despegó los labios, dando un mudo y pasivo asentimiento a la iniciativa del impetuoso capitán Benson.

El cabo Warton obedeció prestamente, y ambos hombres se encaminaron a la verja de alegre verde, tras la cual se erguían ahora los gigantescos tallos violáceos. Benson destapó por el camino uno de los bidones de gasolina, con expresión belicosa y seguro de sí mismo.

Lo que siguió es difícil que jamás pudiera olvidarlo ninguno de los presentes.

Benson y el cabo saltaron la cerca, avanzando con paso firme sobre la alfombra púrpura, hacia el centro de la colosal vegetación. Benson comenzó a derramar el bidón de líquido inflamable, y Warton buscó en sus bolsillos, sin

soltar su cartucho de dinamita, sin duda por un fósforo para consumar la prueba purificadora y destructora del fuego.

No llegaron mucho más lejos. De repente, un airado y furioso monstruo vegetal pareció despertar de su letargo. Se agitaron las hojas, con aleteos de aves de presa, empezaron a culebrear los tallos gruesos y brillantes como reptiles violáceos, y todo, en suma, cobró repentina vida ante los ojos desorbitados de los presentes.

—¡Benson, atrás! —Forrest, mortalmente lívido, saltando hasta el borde mismo de la cerca—. ¡Warton, escape...!

El cabo advirtió antes que el obstinado capitán el horror que surgía ante ellos, y que les rodeaba ya por doquier. Tiró su cartucho de dinamita sin prender, y se lanzó hacia la salida a la carrera.

Doyle, mecánicamente, extrajo su pistola de reglamento sin una sola vacilación. El general dio una ronca orden, y varios soldados dirigieron sus fusiles a la masa vegetal que se agitaba, monstruosa y terrible.

Benson gritó, al sentirse golpeado por un enorme tallo rematado en centenares de grandes óvalos vegetales. Lianas y fibras se enredaron en torno a las piernas de Warton, impidiéndole avanzar. Luchó el joven y bravo cabo con energía, rodando por encima de la selvática floresta, y, como cien pulpos voraces, las plantas le rodearon, ciñeron su cuerpo con la fuerza de mil culebras, inmovilizándole pese a su férrea resistencia. Sólo sus piernas se agitaban ante cien testigos petrificados por el horror del espectáculo que contemplaban.

—¡Disparad! —gritó el general—. ¡Fuego sobre esas plantas!

Y lo que segundos antes hubiera parecido un absurdo, se llevó a efecto. Varias armas, entre ellas la de Barry Doyle, abrieron nutrido fuego contra los vegetales, perforando sus hojas y segando sus tallos.

Los gritos de Warton, enterrado bajo aquel escalofriante vegetal, helaban la sangre. Benson, que en principio quedara rígido y como sin habla en mitad de la extraña selva, se resolvía ya a lanzarse en dirección a su compañero y subordinado, con indiscutible bravura, pistola en mano. Disparó furiosamente, cortando tallos de los que sujetaban al cabo, pero eran demasiados y se le agotó el cargador.

—¡Cuidado, Benson, escape de ahí! —rugía incansablemente Forrest, con los ojos saliéndose de sus órbitas y las manos engarfiadas sobre la valla—. ¡Eso es la muerte!

Benson no le oía. Tal vez, de haberlo oído, tampoco hubiera podido huir a su terrible y desdichada suerte. Fue demasiado repentino el movimiento culebreante de un macizo de más de veinte tallos cilíndricos, gruesos como boas, que salieron disparados con vida inesperada, y aferraron su cuerpo rabiosa, férreamente.

El general vaciló. No sabía si enviar a sus hombres y entrar él mismo a combatir a tal enemigo. Pero Forrest le decidió, casi adivinando sus dudas. Se volvió el comandante frenéticamente, e hizo un ademán con los brazos:

—¡No se mueva nadie, no intenten entrar a salvarle! —aulló—. ¡Esas plantas no sólo tienen vida... sino que son inteligentes! ¡Nos aniquilarían a todos!

Un ramalazo de auténtico terror sacudió a los militares. Ellos, que no hubieran vacilado ante cualquier adversario, de forma corpórea, de físico humano, por poderoso y superior que fuera, se veían impotentes, empequeñecidos y despavoridos ante aquel alucinante poder violáceo.

Doyle había agotado su cargador. Arrojó con furia la pistola a las plantas, golpeándolas. Varias hojas la cubrieron en el acto, como manos deseosas de apoderarse de los útiles de un enemigo.

Forrest corrió al «jeep» de Benson, extrajo varios cartuchos más de dinamita, y miró un momento hacia el interior de la masa vegetal. Las piernas de Warton habíanse quedado rígidas y estiradas, y el resto de su cuerpo lo cubrían totalmente las hojas. En cuanto a Benson, estaba dando los últimos coletazos, como estertores, asfixiado y destrozado por la terrible presión de los vegetales vivientes.

Prendió la mecha de dos cartuchos. El general se le acercó, frenético.

—¡Espere, Forrest! —gritó—. ¡Si arroja eso ahí dentro, acabará con nuestros amigos también! ¡Pueden quedar vivos, después de todo!

—¿Vivos? —Ed silabeó con tal furia, que hasta el general dio un paso atrás—. ¡Vea la vida que queda en ellos! ¡Son dos cadáveres, dos despojos asesinados por esa infernal planta enviada por Satán! ¡Hay que destruirla... o nos destruirá a todos!

No esperó contestación.

Arrojó el primer cartucho, cuando su mecha casi se consumía. Y el segundo hendió el aire inmediatamente después, con menos de una pulgada de mecha por arder. Estallaron nada más tocar el suelo... a pesar de que los tallos se habían lanzado con vertiginosos culebreos hacia los cartuchos, con la intención evidente de aplastarlos bajo sus anchas hojas ovaladas y fibrosas.

Las dos explosiones sacudieron el aire quieto del desierto, reventaron las cercas, que saltaron en mil pedazos, y proyectaron al aire fragmentos violáceos de mil formas diversas, desgajados y triturados por la potente carga doble de dinamita.

Aún no se habían extinguido los ecos de las dos detonaciones ensordecedoras, cuando Barry Doyle corrió hasta el límite del campo siniestro, portando un cartucho encendido que se extinguía ya entre sus dedos. Lo lanzó al centro de la humeante zona florida, y un nuevo chorro de fuego, humo y destrozos brincó a los cielos, en medio del estruendo del explosivo inflamado.

—¡Dios mío! —gimió el general, cubriéndose el rostro rugoso con ambas manos—. Es como asesinar a dos camaradas...

—Ya estaban asesinados en el momento de caer ahí dentro —dijo sordamente Doyle—. Warton era un buen chico... y Benson, aunque escéptico y cabezota, también. Esa planta, sea lo que sea, acabó con ellos.

Se oía llanto tras de ellos. Barry se volvió. Helen sollozaba, hundido el rostro en el pecho de su tío. Y el propio Marty Culver no ofrecía muy buen aspecto, con la máscara lívida y sudorosa que era ahora su rostro, siempre risueño y cordial...

El humo se iba extinguiendo. Nadie se movía de su sitio, esperando lo que podrían ver cuando desapareciese.

Un minuto, dos, tres... y el humo se difuminó totalmente bajo la fuerte luz solar de Nuevo Méjico. El general, Forrest, Doyle y otros, entre ellos el sargento Reeves, avanzaron hacia la derrumbada cerca. También Marty Culver, soltando suavemente a su sobrina, pese a los gritos de esta.

El panorama era desolador, espeluznante... Un destrozo horrible de hojas y tallos, un auténtico cementerio de vegetales, inertes y rotos, entre chamuscadas zonas y otras que aún ardían, allí donde Benson llegara a derramar gasolina, eran el único rastro de la herbosidad viviente. Doyle tuvo que preguntarse si habría sido cierto lo que vieron unos segundos antes, o simple imaginación colectiva. ¿Cómo era posible que simples zonas de vegetación tuvieran vida y matasen? Si todo aparecía ahora como muerto e inmóvil... Como algo que jamás pudo estar dotado de vida orgánica.

Forrest fue el primero que dio un paso. No ocurrió nada. Siguió adelante. Apenas si quedaban brotes intactos. Sus botas se detuvieron frente a uno, milagrosamente indemne, pero de cuyo tallo roto brotaba una pulpa viscosa, de un violeta intenso y brillante.

—Parece sangre —dijo a sus espaldas Doyle, y el teniente pudo advertir el intenso estremecimiento de su amigo, que asintió y se dispuso a avanzar.

De repente, el tallo culebreó, sin ruido, aferrándose vertiginoso a un tobillo de Forrest. Rápido, el comandante quiso saltar de costado, sin lograrlo, a fuerza del vivo tirón de la planta engarfiada a su pierna.

Barry Doyle iba detrás. Y empuñaba la única segadora traída por el desdichado Benson en el «jeep». Dio veloz movimiento a la herramienta, y el tallo se quebró en dos, soltando un chorro pulposo. Forrest agitó su pierna, y esta vez el vegetal se desprendió igual que un reptil muerto.

—Dios mío —susurró Doyle, mirando a tierra—. Y si esa hierba vuelve a crecer... ¿Qué ocurrirá?

Nadie le contestó. Por la sencilla razón de que era el oculto temor de todos y cada uno de los presentes. Siguieron avanzando con muchas precauciones. Los tallos chamuscados y rotos no parecían capaces de moverse un ápice. El peligro había pasado aparentemente.

En algunos puntos, aún se retorcían, como agonizantes, algunos brotes no destruidos por completo, aunque muy mutilados. Los soldados terminaban con sus movimientos a fuerza de balas, convirtiéndolos en pulpa y fibras violáceas desgajadas.

Pero lo peor de todo fue hallado por Forrest. Se inclinó sobre algo que aún aparecía entre la hojarasca quemada, y su ronco grito atrajo la atención de todos prestamente.

—¡Eh, miren aquí! —masculló, irguiendo un rostro blanco como el mármol.

Se acercaron Doyle y el general, seguidos de varios oficiales y soldados. La bota de Forrest apartó fragmentos de tallos y bolas, permitiendo que todos vieran más claramente el espantoso hallazgo.

Era el cadáver de Warton, el joven y valiente cabo. Su uniforme e insignias eran aún reconocibles, pese a las rasgaduras y los puntos carbonizados por la explosión.

Pero nada más. Porque igual que si una devastadora plaga de hormigas carnívoras o de fieras voraces hubiera desfilado sobre él. ¡De su cabeza únicamente quedaba la calavera, limpia y blanca, espantosamente descarnada a la vista de todos!

Bajo el desgarrado y flácido uniforme, era una simple calavera la que había ahora, con sus huesudas manos extendidas en tierra y sus horrendas cuencas vacías mirando al cielo...! y ni una sola gota de sangre se había derramado al estallar la dinamita!

—Sin sangre, sin carne ni niel... sin nada, excepto el esqueleto... —musitó roncamente Doyle, sintiendo todos sus cabellos de punta—. Dios mío, ¿qué significa esto, Ed?

Y ante el silencio de todos los alucinados presentes, la respuesta de Ed Forrest llegó a él clara y contundente:

—Significa la muerte más horrible, rápida y sin piedad que vi jamás. Morir, ser devorado y ser absorbida la sangre... ¡Por un simple vegetal! ¿Se dan cuenta de lo que esto significa en realidad?

—Sí —musitó Doyle, mirando con horror hacia la superficie violácea del terreno—. Significa que si esas plantas se reproducen, si esos vegetales crecen y se desarrollan, vengan de donde vengan... todos podemos morir y ser devorados hasta dejarnos convertidos en simples esqueletos.

—Eso es, Barry. Tu pintura ha sido exacta y atroz. Tremendamente exacta, por desgracia —Ed se pasó una mano trémula por el rostro copiosamente transpirado y pálido—. El mundo entero podría ser un vasto y colosal cementerio de osamentas humanas, si eso llegara a apoderarse de la Tierra.

—¿Sigue empeñado en su alocada teoría de que proceden de otros mundos? —saltó el general roncamente.

—¿Le ve usted otra explicación, señor? —desafió suavemente el comandante.

No habló nadie en esta ocasión. Pero sin querer, varios oficiales miraron hacia los cielos. Y uno de ellos gritó agudamente:

—¡Miren! ¡Otra vez...!

Forrest, Doyle y el general alzaron sus cabezas. Vieron las nubes plomizas, y en una de ellas como un fugaz y lívido centelleo metálico, que podía parecer un relámpago a un observador menos agudo y avisado. Pero que para ellos no lo fue.

—¡Dios...! —jadeó Doyle, sacudido por un temor supersticioso—. ¡Otra

vez... la lluvia púrpura!

* * *

La carrera a través del desierto, hacia la base militar, fue ridícula y cobarde, a juicio de Doyle. Parecían un ejército roto y vencido, huyendo de un enemigo a quién sabían superior e implacable. Irrisorio, si se pensaba que huían de unas nubes, de una simple lluvia...

Les alcanzó en realidad mucho antes de llegar a la base. Sintieron sobre su piel y sobre sus ropas las gruesas gotas violáceas, que ensuciaron sus trajes y corrieron por sus rostros. Doyle entornaba los ojos, quitándose de la cara el agua púrpura con manos frenéticas.

Cuando llegaron a la base, el general ordenó inmediatamente el riego de las zonas empapadas de lluvia con gasolina, y su rápida quema. También se dispuso que los uniformes y objetos tocados por el agua violeta fueran destruidos, sin paliativos.

Todos acataron las rígidas disposiciones, y parecieron respirar con cierta satisfacción al ver cómo ardían auténticas lagunas de gasolina sobre la zona terrosa. El asfalto se conformaron con rociarlo de agua, ya que no parecía terreno propicio al crecimiento vegetal.

Los altavoces del campo de experimentación difundían constantemente órdenes e instrucciones para la defensa y reducción de posibilidades de cultivo. Parecían admitir ya la teoría de Forrest, de que en aquel agua iba envuelta la propia semilla de la infernal flora desencadenada sobre Nuevo Méjico.

El propio Forrest, ayudado siempre por Doyle, dirigía la rápida aplicación de las disposiciones superiores, encaminadas a mantener el terreno de la base inmune a la rara floración púrpura.

La lluvia violácea había durado escasamente un par de minutos, y las nubes plomizas habían desaparecido por completo, sin dejar rastro alguno. La paz más absoluta parecía reinar en el desierto, y todo daba la impresión de ser absurdamente alarmista, y lo ocurrido aquel día un simple sueño producido por el sol abrasador.

Pero Benson y Warton faltaban en la base. Sus habitaciones, sus puestos en la mesa a la hora de las comidas y su sitio en las filas al formar, estaban vacíos. Eso no era un sueño. Sus esqueletos reposaban ahora en la capilla de la base, y el oficial castrense padre Hickory oficiaba funerales por sus almas. Habían trasladado a los infortunados mártires de la extraña lucha, a poco de cesar la lluvia.

Arrasaron entonces la granja de «Los Cedros» con gasolina, incendiándola después. Pero no podían hacer igual con todo el Llano Estacado. Y ya comenzaban a verse enormes e incipientes manchas purpúreas en la llanura, allí donde comenzaban a brotar tallos de aquel extraño color.

A primeras horas de aquella noche, el radiotelegrafista Muller hizo su

brusca entrada en la oficina del general, haciendo incorporar a este de un brinco al comandante Forrest y al teniente Doyle. Este último hacía provisionalmente las veces del capitán Benson en el mando del campamento.

—¡Radiograma urgente de Washington, señores! —clamó Muller con voz descompuesto—. ¡Viene cifrado!

—¡Dios del cielo! —exclamó el general—. ¿Y a qué espera para traducirlo?

Rápidamente, Muller se inclinó sobre la mesa en que había apoyado el despacho cifrado, comenzando diestramente su traducción. Los tres hombres se inclinaban a su vez sobre él, esperando el resultado de la traducción.

Se miraban entre sí, tensos y preocupados. Luego, volvían los ojos a la escritura flexible y veloz de Muller. Sus corazones latían desacompasada y violentamente.

Por fin, Muller se irguió, sacudido por un escalofrío. Sus ojos cuajados de horror se alzaron del papel para clavarse en el general.

—¡Es espantoso, señor! —jadeó—. ¡Nadie podía creerlo, a no firmar ese despacho el Alto Mando!

El general se lo arrancó de la mano. Doyle y Forrest clavaron su mirada en el alucinante texto descifrado:

> «Plantas analizadas demuestran una vida en sus células de naturaleza desconocida en el mundo. Parece una forma de vida inteligente y casi humana, trasplantada a las plantas en forma de sangre y tejidos vegetales que en nada envidian a los de una forma de vida puramente animal. El agua violácea recogida en Llano Estacado ofrece la presencia de miles de semillas en cada gota, capaces de desarrollarse en breve espacio de tiempo y de invadirlo todo. Pueden crecer en tierra, madera, tejidos y toda clase de elementos porosos, con mayor o menor fuerza, según la dureza del terreno donde se planten, por sí mismas.
>
> Es algo horrible y aterrador. Tomen urgentes medidas. El Alto Mando envía rápidamente aviones y armas químicas para destruir ese elemento extraño a la vida terrestre. Vigilen el espacio. Sea lo que sea, viene de él.
>
> Recibimos urgentes avisos de otros puntos del país y también de Europa y norte de África. Radio Moscú avisa también del hallazgo de vegetales gigantes y carnívoros en el interior de los Urales.
>
> Un peligro terrible se cierne sobre el mundo. Enviaremos instrucciones. Estén alerta. El estado de alarma se dará mañana en todo el país».

Y firmaba el Alto Estado Mayor de Washington...

CAPÍTULO V

EL MUNDO ASUSTADO



NTERAMENTE del todo ha desaparecido una población situada en el interior del África Ecuatorial Francesa, y cuyas comunicaciones con el resto de la región eran deficientes. Sus viviendas destrozadas por los tallos gigantescos de las plantas púrpuras y convertidos los habitantes que no lograron huir en simples esqueletos vestidos, que yacían por doquier al llegar las fuerzas de la Legión Extranjera enviadas urgentemente a la zona, cuando los boletines meteorológicos advirtieron la presencia de lluvias violáceas en aquellos puntos...».

* * *

«Mil muertos es la cifra que alcanzan los extraños fenómenos acaecidos en las regiones más áridas de la India, al ser regadas por breves diluvios violáceos, que provocaron la floración y crecimiento de singulares macizos vegetales. Estas plantas, algunas de las cuales han podido ser medidas después de una destrucción sistemática por parte del gobierno de Nueva Delhi, y han dado dimensiones de hasta diez metros de altura por medio de ancho o de diámetro en sus tallos, crecen en forma alarmante por todas las regiones del lejano Oriente, y se advierten signos de floraciones nuevas y poderosas en las zonas donde más difícil resulta a las fuerzas de defensa llegar para combatirlas...».

* * *

«¿Adónde vamos a parar si esto sigue así? Nosotros, los habitantes de Londres, como los de todas las grandes ciudades, sólo conocemos por ahora el problema mundial por simples referencias radiofónicas y periodísticas, tan vagas y confusas como aterradoras. En las calles asfaltadas de las grandes urbes parece difícil que esas extrañas plantas purpúreas, puedan desarrollarse. Pero leemos a diario informaciones sensacionales y alarmantes. En nuestro propio país, en Cornualles. Escocia o el País de Gales, los ciudadanos ingleses

mueren, desaparecen como seres humanos, para convertirse en horrendos y descamados esqueletos, igual que si una «marabunta» alucinante hubiera desfilado sobre sus cuerpos, hambrienta de, vidas humanas.

»En Launceston, en Lancaster, en la región de Haverfordwest, y en todos los puntos más dispares y más aislados de los grandes núcleos militares que pueden poner medios de protección, brotan esas espantosas manchas de vegetación amoratada, signo de muerte y destrucción total de la vida humana...

»¡Qué ocurre? Inglaterra pide explicaciones. Inglaterra quiere saber la verdad...».

* * *

«Grandes formaciones de bombarderos a reacción han volado hoy durante todo el día sobre las zonas infectadas por la epidemia vegetal, atacándola con potentes cargas ácidas y corrosivas, y también con líquidos inflamables y productos químicos de todo orden, arrasando virtualmente casi medio millón de acres de terrenos antes productivos, en Oregón, Montana, zona fronteriza del Canadá y demás puntos invadidos por la amenaza vegetal.

»Huertos, granjas, jardines y campos de deportes, aparecen hoy en día devorados por la voracidad espantosa de esas plantas aterradoras, llegadas de Dios sabe dónde...».

* * *

«Última hora informativa:

»Islandia, Noruega y Dinamarca empiezan a sufrir las lluvias y floraciones púrpuras con creciente intensidad.

»También llegan alarmantes noticias del Ecuador y las zonas tropicales, donde la virulencia de la planta alcanza proporciones fabulosas. En las Islas Canarias, en Hawái y en las Antillas se han visto hasta macizos de casi veinticinco metros de altura, destruyendo poblaciones, animales de gran tamaño e incluso aferrando aves en vuelo, con rápidos movimientos de sus carnívoros tallos.

»El terror en el mundo es cada día más intenso.

»¿Existe realmente algún arma contra este enemigo espantoso y cruel, cuya naturaleza extraterrena ha sido confirmada, por los laboratorios y técnicos, pero cuyo auténtico origen es por completo desconocido...?

»Que Dios nos proteja. Es lo único que podemos decir ya...».

* * *

—¡Que Dios nos proteja, Barry! Es lo único que nos queda por hacer, ya ves...

El teniente respiró hondo. Sus dedos dejaron de acariciar suavemente los

cabellos de Helen. Miró grave, profundamente, a su amigo Forrest.

—Sí, Ed. Empiezo a pensar igual —dijo tras una pausa.

—¡También tú! —aulló el comandante, irguiéndose con ojos febriles, llameantes—. ¡No es posible, Barry! ¡Tú no eres como los demás, tú no puedes cruzarte de brazos, elevar una oración al Cielo y esperar el final!

—¿Es que cabe hacer algo más, Ed?

—¡Sí, hay que hacerlo! ¡Hay que encontrar el medio de luchar contra eso!

—¿Cómo?

La simple pregunta de Barry dejó a Ed Forrest en silencio, meditando con expresión desalentada en su pálido y enjuto rostro, tan distinto al de antes.

—Barry, parece todo una pesadilla espantosa —musitó Helen—. Leer los periódicos y escuchar las emisoras de radio, causa miedo...

—Los cronistas exageran siempre, viven del sensacionalismo, Helen...

—La destrucción de nuestra granja no fue sensacionalismo. Ni tampoco la muerte de aquel capitán y del cabo Warton... —le recordó Helen, dejándole sin saber qué contestar.

—Helen tiene razón, Barry —dijo sordamente Ed—. No debemos cerrar los ojos a la realidad, ni pretender formular palabras bonitas, que suenen a optimismo. Es falso, y como tal, muy peligroso. Vale más afrontar la verdad simple y desnuda con valor y con fe en la solución final. El mundo es muy viejo, Barry. El mundo ha pasado caos, cataclismos y hecatombes inauditas. Y de todo ello, la Humanidad ha salido adelante, ha sobrevivido a los desastres forjando nuevas civilizaciones y nuevas razas. ¿Por qué ahora ha de ser diferente?

—Admito eso, Ed. Pero no veo la forma de atacar a nuestro enemigo. Si el mundo entero, unido y solidario, no logra abatirlo definitivamente, ¿qué haremos nosotros? Se ha comprobado que esas plantas no son invencibles ni mucho menos. Pero también se ha comprobado algo peor: que crecen mil por cada una que atacamos y destruimos, y que basta una breve lluvia para que todo se convierta en un campo fructífero, cuajado de semillas que producen plantas en horas de tiempo.

—El hombre, como ente unipersonal, es algo admirable, Barry —recitó sombríamente Forrest, con la mirada perdida en el vacío—. Lo que los ejércitos, las armadas y las escuadrillas de aviones no pueden lograr, a veces lo consigue uno solo, un hombre ante toda la obra de miles o millones de seres. Si no fuera así, el hombre pasaría a ser un animal más. Pero somos inteligentes, poseemos la llama del genio en las ocasiones trascendentales del mundo, en las que nuestra vida y nuestra muerte dependen de una palabra, de una acción, de una simple idea...

—¿Crees que una idea puede bastar en este caos de ahora?

—¿Por qué no? Si Noé salvó a la Humanidad de la furia desatada de las aguas, con una simple arca de madera, ¿por qué no disponer ahora de una nueva arca, capaz de salvar a la Tierra?

—¿Dónde está esa prodigiosa Arca del nuevo Diluvio? —ironizó Barry.

—Ahí.

El dedo firme y seguro de Ed Forrest, señalaba a la forma plateada, esbelta, y aguda del «Star Arrow», apuntando a los cielos en mitad de la pista de cemento, con la estructura metálica de su torre de apoyo rodeándole como un esqueleto de acero.

—¿Eh? No te entiendo.

—La «Flecha Estelar». ¡Ese es el medio, Barry!

—¿Estás loco? No habrás pensado en que los supervivientes del mundo vayan a formar un nuevo planeta en la Luna o en otro lugar del espacio... Es una idea propia de una película o de una mala novela...

—No, no es eso... todavía —una sonrisa irónica apareció en los labios descoloridos del comandante—. Harían falta años, siglos tal vez de lucha contra esa vegetación, para extinguir hasta tal punto la vida en la Tierra. Es algo más sencillo, Barry.

—Pues confieso que no te entiendo.

—Eso, la lluvia o lo que sea, las semillas malditas que contiene ese agua púrpura, han venido de arriba, de los cielos... ¿Por qué no intentar buscar su origen en el mismo cielo?

—¿Estás delirando, Ed? —se inquietó Doyle, mirándole alarmado—. Nadie podría hacer tal cosa. Es un arma experimental, un vehículo en ensayo. No podemos considerar al «Star Arrow» como un medio seguro de viaje al espacio.

—Yo lo he pensado, Barry. Hay que subir más allá de la atmósfera terrestre, buscar el origen de la lluvia, saber la naturaleza de esas nubes o lo que sean, tratar de ver más allá de nuestro limitado campo de acción, a ras del suelo. Yo no sé esperar, no sé resignarme a sufrir el ataque y defenderme de él. La mejor defensa en una guerra, es el ataque directo.

—¿Con la «Flecha Estelar?» —Barry rio agriamente—. Es una idea descabellada...

—Pero una idea, al fin y al cabo —declaró con acento enigmático Forrest. Sus ojos se fijaban intensamente en el cuerpo plateado del proyectil interespacial. Tras un silencio, durante el cual Doyle le contempló con auténtica inquietud, sonrió finalmente y añadió con un gesto despreocupado —. En fin, tal vez tengas razón. No me hagas mucho caso, Doyle. Creo que empiezo a delirar realmente...

Salió de la oficina, cerrando suavemente la puerta. Una vez solos, Helen y Barry se miraron con fijeza. La linda muchacha se acercó más aún a él, y apoyó su cabecita en el pecho del teniente, con impulsivo aire de desamparo.

—Dios mío, Barry, tengo miedo... ¡Tengo miedo!

—¿Y quién no lo tiene hoy, pequeña? —contestó suavemente el joven militar, tomándola insensiblemente entre sus brazos—. Todos estamos asustados. El mundo entero lo está, Helen...

—¿Qué es lo que va a suceder, si esto sigue así? —murmuró ella, y estaba su boca tan cerca de Barry, que su aliento le rozaba como un leve soplo

cálido.

—No lo sé —giró los ojos hacia abajo, hasta clavarlos en los de ella, brillantes y muy abiertos, bajo el cabello rubio en desorden. Nunca le habían parecido a Barry tan verdes y hermosos los ojos de la muchacha. Cierto que nunca tampoco la tuvo tan cerca, tan unida a él. Murmuró, suave y dulcemente—. No sé, Helen, pero sí estoy descubriendo algo maravilloso, en medio de tanto horror...

—¿Qué es ello, Barry? —se sorprendió la joven, mirándole con asombro —. ¿Qué es lo que puede haber de hermoso, cuando el mundo pasa por este trance?

—Tú, Helen...

—¿Yo?

—Y mi amor por ti.

—¡Pero, Barry! En Indiana está Jane que...

—Olvida a Indiana, olvida a Jane... como lo olvido yo —sonrió Doyle acercándose más a ella—. Todo eso ha quedado atrás. Terminó al volver yo a Nuevo Méjico. Entonces sabía que no me impulsaba Forrest a venir. Ni el terror púrpura, ni nada de, este lugar que no fueras tú... ¡Tú, mi Helen!

—¡Oh, Barry, cariño! ¡Qué feliz me haces! —se ciñó a él, se unieron sus labios estrechamente.

Después de un prolongado silencio, la voz de la muchacha sonó diferente:

—¿Sabes una cosa, Barry? Creo que ya no tengo tanto miedo...

* * *

El estruendo despertó a toda la base.

Fue como si una bomba atómica estallara en mitad de la pista de lanzamiento de proyectiles. Su atronador impacto hizo temblar los cristales de los edificios para alojamiento de las fuerzas militares, vibrar los metales y estremecer los cimientos.

Los soldados, a medio vestir y provistos de sus armas, saltaron de los lechos, lanzándose como centellas a la explanada. Voces roncas de los oficiales pretendían restablecer el orden, y el cerco de potentes reflectores comenzó a barrer las pistas de cemento, en busca de la razón de aquella detonación.

¡La torre metálica que sujetaba entre sus férreas vigas al «Star Arrow» estaba vacía!

La confusión creció. El sargento Reeves y el teniente Doyle se encontraron, ataviados únicamente con un pantalón, y desnudo el torso, en la plataforma de la terraza de oficiales, mirando perplejos hacia abajo, en tanto que hileras de soldados se ponían en movimiento en derredor suyo.

—¡Dios mío! ¡La «Flecha Estelar»... ha desaparecido! —jadeó Reeves, frotándose los ojos.

Barry Doyle miró a lo alto, descubriendo entre los espesos nubarrones que

se cernían sobre el campo, y que ahora parecían completamente normales y sin reflejos metálicos de ninguna especie, la fulgurante cola luminosa, el chorro de llamas y de humo de los cuatro reactores nucleares de la «Flecha Estelar», hundiéndose en la negrura enigmática de la noche.

—¡Lo han robado! —siseó Reeves, siguiendo la trayectoria de la mirada de Barry—. ¡Alguien ha robado ese proyectil!

—Sí, eso es lo que parece... —comentó secamente Barry, sin saber qué hacer.

—¡Teniente, hay que hacer algo para recuperarlo!

—¿Algo? ¿Y qué sugiere usted, sargento?

—Oh, yo... no sé... —miró la faz contraída de Barry y masculló—: ¿Es... que no hay nada que hacer para tratar de evitarlo?

—Nada, sargento. Puede ir ese proyectil más lejos que ningún otro. Y si hay alguien a bordo, habrá desconectado seguramente el control de tierra y las ondas de radio-dirección, para independizar el mando de la nave...

—¿Unas plantas, por vivas que estén, puede hacer una cosa así?

—No creo que sean las plantas, sargento —dijo Barry, muy preocupado.

—Si al menos al comandante Forrest se le ocurre algo para...

Doyle le interrumpió.

—¡Forrest! —gritó Barry, alzando vivamente la cabeza. Los ojos se le abrieron desmesuradamente, y palideció, erizándose los cabellos—. ¡FORREST! ¡Oh, no...!

—¡Teniente! ¿Qué es lo que sucede ahora? —masculló el sargento, asombrado.

Pero Doyle, sin atenderle ni dar una respuesta, se lanzó a la carrera escaleras abajo, hacia las pistas de despegue. Las sirenas de alarma sonaban por doquier, los reflectores inundaban de luz la base, y dos o tres de los haces de luz habían subido a escrutar los cielos, perforaban los nubarrones y alcanzaban a siluetar la forma, remota ya, de la nave espacial lanzada a las alturas.

—¡No disparen! —gritó Doyle con voz estentórea, haciendo frenéticos gestos a las baterías antiaéreas, que alzaban sus largos cañones al cielo—. ¡No disparen! ¡Aguarden aún...!

El oficial al mando en las baterías le miró asombrado. El general apareció en un «jeep» dotado de sirena, con el médico militar y dos oficiales más. Frenó con un chirrido de gomas junto a Barry. Este cuadrándose, escuchó la apelación del general, hecha en tono acre:

—¡Doyle! ¿Por qué da usted esa orden a las baterías? ¡La salida del «Star Arrow» no puede ser, en modo alguno, un accidente ni un error! ¡Un enemigo, quienquiera que sea, ha robado esa nave de nuestra base! ¡Es preferible destruirla, antes de que se utilice contra nosotros!

—Por favor, general, esperemos aún... ¿Ha visto alguno de ustedes al comandante Forrest? —demandó, angustiado, el joven.

—¿Ed Forrest? No, no le he visto —declaró un oficial, sorprendido—. Y

es extraño...

—Yo tampoco lo he visto —declaró el general—. ¿Qué hay con eso? Estará trabajando en la experimentación y...

—¡Voy a comprobarlo inmediatamente! —Doyle, grave la expresión, miró hacia lo alto—. Y entre tanto, yo que ustedes correría el riesgo de dejar marchar a esa nave, señor...

Sin aclarar más, se lanzó hacia el edificio de laboratorios y alojamientos de jefes de la base. Lo recorrió todo en segundos, sin dar con Forrest en parte alguna. Cuando asomó a la torre de control a distancia de los proyectiles teledirigidos, el técnico de guardia le hizo un gesto desolado con los brazos.

—¡Teniente, no podemos hacer nada por recuperar la «Flecha Estelar»! —gimió—. ¡Han desconectado los mandos por completo, desde esta misma sala, antes de partir con ella!

—Escuche, Burt —dijo vivamente Barry—. ¿Quién más, aparte de usted mismo, ha entrado aquí esta noche?

—Nadie, señor. Ya sabe que está penado por las ordenanzas autorizar a nadie a...

—Ya me sé todo eso. Yo me refiero a alguien a quién las ordenanzas no le prohíban entrar aquí...

—¿El comandante Forrest? Estuvo un momento, hará cosa de una hora y...

—Eso basta, Burt —Doyle desapareció sin más explicaciones, descendió vertiginosamente las escaleras, y penetró en el pabellón de alojamientos de los jefes. Llegó hasta la habitación de Ed, por el vacío corredor metálico encristalado, y al penetrar en la habitación desierta, con el lecho intacto y todo en perfecto orden, supo que la sospecha nacida en su mente era cierta.

Se aproximó a la cama intacta. Un sobre mostraba su blanco rectángulo encima de la colcha. En él, habían escrito: «Al teniente Barry Doyle».

Lo abrió, rasgando nerviosamente el sobre. Extrajo una corta hoja de papel, llena de un texto escrito con letra menuda y segura:

> «Barry, amigo:
>
> Debe de hacer poco tiempo que he salido con el «Star Arrow». ¿Verdad que has sospechado en seguida quién era el ladrón de la nave? Estoy seguro de ello, porque te conozco bien.
>
> He tenido que hacerlo. Diles a todos que me perdonen. Si regreso con vida, estaré dispuesto a someterme a juicio militar por mi delito. Pero sólo busco el bien de la Humanidad. Alguien ha de sacrificarse a buscar la razón y el origen del enigma que nos azota. Es una plaga llegada de más allá de la atmósfera terrestre, y más allá la buscaré yo. Esas semillas no pueden haber viajado por todo el espacio para caer en la Tierra. Y si lo han hecho, habrá sido antes de empezar a caer y a germinar en nuestro mundo.
>
> Desconecto todo control a distancia para no ser forzado a un

regreso prematuro. Terminaré esta misión o moriré en ella, Barry. Tengo una teoría y quiero comprobarla. Pero acaso ello signifique el no volver más, y lo sentiré por vosotros, mis semejantes, más que por sí mismo.

Hasta pronto... o adiós, amigo mío.

Ed Forrest».

CAPÍTULO VI

EL EXPERIMENTO DE ED FORREST



S sorprendente, Doyle.

—Sí, señor. Opino lo mismo que usted.

El general y Barry miraron a la base en calma. Las patrullas de guardia permanecían en sus puestos. El aire quieto, brumoso pero sin humedad, se mantenía igual.

Todo respiraba calma, sosiego, un silencio casi enervante...

—Y así dos semanas... —suspiró el general, tras una pausa.

—Dos semanas en tensión, pero sin que ocurra nada —manifestó Barry, pensativo—. Justamente el tiempo que lleva el comandante Forrest ausente.

—¡Ese loco! ¿Cómo pudo hacer una cosa así?

—No sé. Debí sospecharlo, imaginar que lo haría, a pesar de que pareció desplazar la idea cuando yo no la aprobé. En realidad, no hizo sino reafirmar su propósito de forma que yo no lo sospechara. Y en cuanto tuvo ocasión, se apoderó de la nave.

—Pero ¿para qué?

—Eso, sólo él lo sabía. Y si nunca regresa, nunca llegaremos a saber sus razones. Pero había algo de cierto en ellas... o esta calma de ahora no existiría. ¿Ha oído los boletines de información de todo el mundo?

—Sí. La plaga de vegetales disminuye. No caen lluvias purpúreas ni se reproducen nuevos macizos de plantas vivas. Esa forma de vida, cualquiera que sea, ha dejado de caer en la Tierra en estos últimos días.

—¿Supone usted, teniente Doyle, que Forrest ha encontrado la fuente de origen de las semillas destructoras?

—Eso parece deducirse, aunque parezca una posibilidad fantástica. ¿Se sabe algo de los centros de observación espacial?

—Informes vagos y poco concretos, Doyle. Comprendo su ansiedad por la suerte de su amigo Forrest, pero no puedo ayudarle mucho. En el observatorio de Jodrell Bank creen haber detectado el paso de una nave del espacio, o por lo menos de un cuerpo metálico a unos cuatrocientos mil kilómetros de la Tierra, pero no es seguro que se trate de la «Flecha Estelar». Pudo ser un

«sputnik» soviético o un satélite artificial nuestro. También Monte Palomar y Monte Wilson, así como algunos radiotelescopios de Japón, Australia y Nueva Zelanda, han detectado la presencia de cuerpos extraños en el espacio exterior. Pero en ningún caso hubo la confirmación oficial de que esos cuerpos pudieran ser, en todos los casos, el mismo. El «Star Arrow» sigue, por tanto, oficialmente perdido.

Barry inclinó la cabeza, retirándose. Mientras caminaba por las pistas de cemento hacia su alojamiento, iba pensando en Ed. Había sido un duro sacrificio el suyo, si realmente había perecido por salvar a la especie humana. Pero era incapaz de comprender en qué consistiría su forma de luchar contra aquella semilla del infierno, y cómo pudo terminar con ella, o al menos neutralizarla.

Tal vez el mundo no sabría nunca la verdad del heroico experimento de Ed Forrest.

Pasó frente a los alojamientos civiles, y pensó en Helen, dormida entonces, tranquila después de los días de angustiosa tensión pasados anteriormente.

Al llegar a su pabellón, se detuvo el tiempo justo para encender un cigarrillo. El fósforo chisporroteó entre sus dedos, apagándose. Extrañado, alzó los ojos al cielo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo a lo largo de la espina dorsal. ¡Llovía!

No precisó llevar su mano mojada a la luz y clavar en ella los ojos para comprender que de nuevo la amenaza estaba sobre ellos. ¡Era agua púrpura la que corría sobre su piel, brillante y espesa como barro!

Asqueado, sacudió su mano húmeda, la frotó con horror contra el poste de madera, y al recordar que también aquella era una materia idónea para el florecimiento, se apresuró a secarla, con frenéticos movimientos.

Las gruesas gotas violáceas tamborileaban en los cristales y en las techumbres de pizarra del campamento militar. Una sirena comenzó a lanzar un largo, agudo y alarmante chirrido.

Los detectores automáticos funcionaban, advirtiendo de la lluvia a las fuerzas de Llano Estacado. Otra vez el desconocido terror estaba sobre ellos, de nuevo la semilla infernal caía en la tierra, para germinar en plantas demoníacas, voraces y crueles.

Arrojó su cigarrillo sin haberlo aspirado siquiera, sin ganas de fumar ni de nada. Sus teorías se hundían. Dondequiera que hubiese ido el bravo y abnegado Ed, había fracasado en su misión.

El enemigo seguía su acoso implacable. ¿Hasta cuándo?

Barry no lo sabía. Pero algo, en el fondo de su pensamiento, le decía que aquello no era sino el principio. Que un pavoroso futuro esperaba a los seres de la Tierra. Y que tal vez aquella invasión vegetal no fuera más que el primer paso hacia... ¿hacia dónde y hacia qué?

Hacia un Apocalipsis estremecedor y dantesco, fuera cual fuese...

* * *

El éxodo comenzó dos días después de la lluvia púrpura de aquella noche.

Al principio, les sorprendió descubrir la larga, casi infinita caravana de gentes que avanzaban a través de Llano Estacado, camino de la base militar. El general ordenó la salida de las fuerzas para inquirir el motivo de aquel traslado. Coches con enseres, caballos y carruajes de todas clases, transportaban a las gentes hacia la base militar.

Pronto supieron que Roswell, Garlsbad y El Paso eran presa del terror desatado, que las gentes huían en delirante tropel de todas ellas, buscando la salvación bajo la protección de las armas. Los vegetales, más poderosos, gigantescos y rápidos que nunca en su crecimiento, se apoderaban por momentos de la ciudad, crecían en cualquier lugar, desde un edificio hasta un simple coche parado en la calle, y la lucha era ya imposible. Las viviendas eran invadidas por la masa púrpura, que penetraba por ventanas o puertas, y si no le era esto posible, trituraba con sus fibrosos tentáculos vegetales las paredes y techos, hasta tener paso franco hasta los ocupantes de las viviendas.

Los cadáveres, reducidos a blancos y espantosos esqueletos, alfombraban las calles, según versiones de los alucinados y despavoridos fugitivos. El general no tuvo otro remedio que habilitar para ellos un largo edificio destinado a almacén, y poner allí una guardia permanente por lo que pudiera suceder. Las ropas y enseres de los que venían huyendo, sufrieron un análisis escrupuloso, demostrándose que venían saturados de semillas purpúreas. Se destruyeron por el fuego inmediatamente, formando una gran hoguera con todo, y se repartieron ropas de emergencia, previamente desinfectadas y esterilizadas, a todos los refugiados, hombres, mujeres y niños.

El general envió un informe urgente a Washington, pidiendo envío de víveres, y denunciando la situación caótica del sudeste de Nuevo Méjico bajo la garra de los vegetales siniestros.

Washington no respondió hasta doce horas después. Y su despacho cifrado, breve y contundente, sumió en el mayor de los desalientos a los jefes del campamento:

> «Imposible ayuda de ninguna clase. Su caso de refugiados en éxodo interminable repítese en todo el país y con mayor abundancia de personas fugitivas. El terror cunde y es preciso reprimirlo a toda costa. Después de dos semanas de inactividad, las extrañas lluvias vuelven a asolarlo todo. Defiéndanse provisionalmente con sus propios medios. Y estén prevenidos por si quedan aislados del resto del país. Los vegetales han destruido líneas enteras de comunicaciones en el sur y nordeste del país. En cuanto sea posible enviaremos ayuda aérea».

—En cuanto sea posible... —suspiró el general, arrugando con ira el despacho—. ¡No podemos esperar! ¿Es que no se dan cuenta de ello? ¡Tenemos acogidas aquí a casi trescientas personas, y únicamente contamos con una guarnición de ciento veinte hombres!

—Podría intentarse una ayuda eficaz del Estado de Tejas, señor —sugirió Barry—. Los fugitivos vienen del lado opuesto. Tal vez tengamos suerte en este intento.

El general juzgó que era una buena idea y ordenó el contacto telegráfico inmediato con Dallas y Fort Worth, en demanda de ayuda urgente. La respuesta de Fort Worth no se hizo esperar mucho. Decía escuetamente:

> «No podemos hacer nada. Estamos aislados del resto del país. Dios os ayude».

En cuanto a Dallas, ni siquiera respondió o se acusó recepción del telegrama. La línea parecía cortada, sin enlace con Llano Estacado. Tras varios desesperados intentos, el rostro sudoroso del telegrafista se volvió hacia el general y el teniente Doyle.

Dudaba en dar la noticia.

—Nada, señor —dijo roncamente—. La línea está cortada...

—¡Los vegetales...! —susurró el general, mortalmente pálido.

Se miraron él y Barry Doyle con muda desesperación. Un hálito de auténtico pánico se apoderaba de todo y de todos.

Hasta entonces, la lucha había sido frente a un enemigo orgánico pero no humano, que únicamente planteaba el peligro de su voracidad, similar a la de algunas exóticas plantas carnívoras de América Central y del África Ecuatorial. Pero jamás ante un adversario capaz de atacar en forma tan perversa e «inteligente» los medios de comunicación o de defensa de los seres humanos.

—El aislamiento comienza a ser un hecho evidente... —dijo el general, con expresión atónita—. ¿Qué ocurrirá, si esto continúa así?

—Es el segundo paso, señor —musitó tan sólo Barry.

—¿Eh? ¿A qué segundo paso se refiere, teniente Doyle?

—Al de los vegetales. Primero, era un crecimiento rápido y hambriento. Después, tras una pausa de dos semanas que aún ignoramos a qué pudo deberse, vuelven con mayor virulencia. Destruyen ciudades, provocan el pánico colectivo de miles de seres, obligan a éxodos alucinantes... y ahora aíslan poblaciones. Estados y zonas. ¿Para qué? Tal vez para el tercer paso, que puede ser el decisivo.

—Y ese tercer paso que usted prevé... ¿cuál pueda ser?

Barry se encogió fatigadamente de hombros. Sus ojos expresaron inquietud.

—Si pudiera saberlo... o sencillamente imaginarlo, señor... me sentiría feliz. Porque al menos así, podríamos encontrar una defensa, un medio de frenar su avance sobre nosotros.

—Lo frenaremos de todos modos, Doyle. ¡Somos más fuertes que ellos! ¡Venceremos en esta lucha!

Barry suspiró, inclinando la cabeza con desaliento. Su voz sonó apagada:

—Quisiera estar tan seguro como usted, señor. Pero lo siento... No puedo

estarlo. Es más, empiezo a perder la fe en nosotros, en nuestra fuerza y nuestra superioridad. No sé, pero veo en esos... vegetales algo siniestro y aterrador, algo pavorosamente superior a nosotros, que acabará por aniquilarnos...

* * *

La colmena humana que era el pabellón destinado a los refugiados, hervía como nunca. Los soldados de blanco casco, fusil con bayoneta calada y expresión impávida, montaban guardia insensiblemente a su puerta.

Barry Doyle tenía servicio de guardia aquella noche. Era calurosa, espesa y bochornosa la atmósfera de la noche en Llano Estacado. El aire, saturado de una humedad cálida, casi viscosa, pesaba como una losa de plomo.

El joven teniente se detuvo el tiempo justo para enjugarse el sudor, frente al largo pabellón, tras cuyas ventanas brillaban las luces del amplio recinto destinado a vivienda de los fugitivos.

—¿Ocurre algo ahí dentro, cabo Scott? —preguntó a un joven rubio y espigado, que ocupaba el mando de la guardia del pabellón.

—Nada de particular, señor —respondió el joven, cuadrándose—. Son simples protestas.

—¿Protestas de qué?

—Las raciones se han acortado a partir de hoy en casi un treinta por ciento. Los refugiados piden más. Reclaman y tratan de inhumano el trato que reciben. No podemos hacer nada por calmarles. Después de todo, son refugiados, no prisioneros.

—Escuche, cabo, esa gente podrá ser refugiada, pero no tiene derecho a alterar más los nervios de todos nosotros de lo que están ya de por sí. De modo que tiene permiso para imponer la calma, como una orden tajante. Oblígueles a callar al toque de silencio y si no obedecen, impóngase duramente.

—Puede traer conflictos.

—Entonces, avíseme a mí —Barry se alejó, con expresión torva. Estaba decidido a impedir que nuevos conflictos empeorasen la crítica situación de la base.

Cruzó frente al resto de pabellones, en su ronda de servicio, sin descubrir nuevas anomalías. El calor pegajoso y húmedo persistía, el sudor corría por los rostros de los hombres de servicio, y parecía un peso apoyado en las dependencias de Llano Estacado.

El agua de la fuente exterior salía caliente, y no calmó su sed cuando se inclinó sobre ella. La escupió a tierra, y avanzó hacia su propio pabellón de guardia. El toque vibrante y grave imponiendo silencio, resonó en todo el recinto militar. Los ruidos y voces comenzaron a apagarse paulatinamente.

Barry se despojó de su blanco casco distintivo de la guardia, pasó un pañuelo por la frente y los cabellos, apartándolo completamente empapado, y

entró en el pabellón.

El agua del depósito refrigerado estaba fresca y agradable al paladar. Apuró dos vasos, antes de hacer una bola con el vaso de papel encerado y arrojarlo a la papelera.

Su compañero, el sargento Bruce, se irguió de su camastro, empezando a encasquetarse el blanco casco.

—Hola, teniente —saludó—. Ya puede echarse un rato, si quiere. Yo voy a recorrer todo eso.

—No, sargento, puede seguir echado. Yo no tengo sueño aún.

—La verdad es que yo tampoco —rió Bruce alegremente—. Hace demasiado calor bajo techo. De modo que me daré unas vueltas por ahí. Usted puede leer el periódico y ver lo encantadores que son nuestros amigos, los hierbajos esos del infierno. Parece que brotan hasta del mar. En las costas de Inglaterra y de Francia han devorado a varias embarcaciones con sus tripulantes, saliendo de las arenas de las playas. En unas caletas de la Costa Brava española absorbieron a más de medio centenar de bañistas, depositando sus esqueletos en una lejana playa a donde les empujaron las olas. Algo horrible, amigo mío...

Salió, moviendo la cabeza con pesimismo, y Doyle se quedó solo, mirando petrificado hacia el diario llegado en avión. Era el «Santa Fe Clarion», y los titulares gigantescos, anunciando las nuevas catástrofes mundiales, constituían su obligada primera plana.

Rabioso, arrugó el periódico y lo arrojó lejos de sí. Se sentó a la mesa y apoyó los codos en ella, para sostener la cabeza entre ambas manos, y sumirse en sombrías reflexiones.

Después, acaso tras casi un cuarto de hora de muda y concentrada meditación, Barry pareció tomar una decisión. Extendió la mano, aferrando una pluma y unos pliegos de papel. Febrilmente, casi con avidez, comenzó a escribir.

Llenó una, dos, tres, hasta diez hojas de papel, con letra estrecha, menuda y firme. Era toda una historia. La historia de aquella extraña guerra vivida directa y personalmente por él, frente al enemigo más sorprendente y aterrador de la historia de la Humanidad.

Desde una simple lluvia en un huerto de la granja «Los Cedros», cuyas primeras gotas recibiera junto a una linda muchacha, hasta el caos que se apoderaba a pasos agigantados de todo el mundo, la historia de aquella plaga cósmica llegada a ellos en forma inaudita, llovida de los cielos, llegada de más allá de los espacios conocidos... y la de los hombres que, sin preparación para ello, se enfrentaban al colosal enemigo orgánico e inhumano, que empezaba su alucinante invasión del suelo terrestre...

Eran como unas Memorias. Las de un hombre a quién le había tocado vivir directamente la tragedia de la Humanidad, desde su principio mismo. El final... sólo Dios sabía cuál podía ser.

Dejó la pluma, realmente agotado y somnoliento. Consultó su reloj de

pulsera. Las dos y media de la madrugada. Había pasado el tiempo casi sin sentirlo.

Bostezó, incorporándose. Iba, a dar una vuelta por el campamento, para comprobar que todo iba bien. Confiaba en el celo del sargento Bruce, pero prefería ver por sí mismo el curso normal de las cosas. Ya no se fiaba de nada en absoluto.

Ciñóse el cinturón con la pistola, tomó el casco blanco, y salió al porche. El silencio era dueño y señor de la base, desde las cercas alambradas hasta los edificios y las torres metálicas o las rampas de lanzamiento de proyectiles.

Las sombras vagas, lentas, de los centinelas, eran visibles gracias a la albura de sus hemisféricos cascos de acero. Respiró hondo; al parecer, aquella noche todo seguía igual.

Fue haciendo su ronda normalmente. Ninguno le dio novedad alguna de excepción, salvo el centinela de la torre que miraba al desierto. A su pregunta, contestó:

—Me ha parecido percibir un silbido prolongado detrás de aquellas dunas —señaló las que formaban una serie de promontorios rojizos en el horizonte —. Luego, vi una luz relampagueante, y nada más. No he vuelto a percibir cosa alguna extraordinaria.

Barry Doyle estudió el horizonte, ahora oscuro e inescrutable. No revelaría su secreto, si realmente lo había. Encogiéndose de hombros, dejó aquella idea a un lado. Después de todo, tampoco era ya misión suya, en tanto que lo que fuese no afectase a la seguridad del campamento.

A su regreso al pabellón, encontró al sargento Bruce, que dormía ya apaciblemente en su litera. Barry se aproximó a la mesa donde escribiera sus impresiones de la extraña guerra que tenía lugar, y se dispuso a releerlas, antes de tumbarse él mismo en la litera que le correspondía.

Entonces sintió el roce en el cristal de la galería posterior.

Se volvió en redondo, desenfundando su pistola con rapidez. Respiró aliviado, y sintióse un poco en ridículo al descubrir que era Helen la que golpeaba en la vidriera con sus pequeños dedos, muy suave y sigilosamente.

Se encaminó hacia allí, volviendo a enfundar la pistola, abrió la puerta y Helen se pegó a él, rozándole los labios con su boca carnosa y roja. Luego, se echó rápidamente atrás y susurró, mirando al dormido sargento:

—Barry, por favor. Ven enseguida a mi alojamiento. Es urgente.

—¿Urgente? ¿Qué es lo que ocurre?

—Ya lo verás por ti mismo. Es preciso que vengas. Y sería mejor que nadie supiera que vienes... de momento.

—La verdad es que no te entiendo, Helen. Estoy de guardia y no debo...

—Esto es mucho más importante que tu guardia, Barry. Te lo aseguro. ¿Vas a fiarte de mí?

Apenas si dudó. Afirmó con la cabeza, respondiendo brevemente:

—Sí, Helen. Siempre me fiaré de ti, cariño. ¡Vamos!

La tomó del brazo, salió al porche, cerrando suavemente la vidriera de la

galería, y avanzó con Helen a lo largo de la zona en sombras, cruzando la explanada por detrás de los edificios, hasta el alojamiento de la muchacha. Frente a ellos, al otro lado del campamento, el recinto de los refugiados aparecía en silencio, guardado por el centinela armado que paseaba impávidamente de arriba abajo.

Con nuevos gestos de silencio, Helen dio cuatro golpes suaves, intermitentes, sobre la puerta del alojamiento que les correspondía a los Culver. Barry asistía extrañado y algo inquieto a tanta precaución misteriosa.

—¿Eres tú, Helen? —murmuró una voz tras la puerta, momentos después.

—Sí, tío, abre. Somos Barry y yo... —respondió ella, apremiante.

La puerta se abrió, pero a la perspicacia de Barry Doyle no escapó el hecho de que para ello tuvieran que girar por dos veces una llave en la cerradura, y rechinase un pestillo. Muchas precauciones tomaba Marty Culver en su vivienda. Demasiadas acaso, para protegerse de unas simples plantas, por voraces que fueran.

—Hola, Barry —saludó Marty, asomando su rostro grave en la abertura—. Pasad, deprisa...

Una vez dentro ambos. Marty cerró de nuevo con iguales precauciones y partió con ellos al interior de la vivienda habilitada en el campamento para los infortunados granjeros. Entraron en el dormitorio de Marty. En el acto advirtió Barry el olor a éter y alcohol en el ambiente.

Miró hacia el lecho de Marty Culver, descubriendo la forma tendida en él, que las sábanas cubrían casi por completo. Con una exclamación de sorpresa, avanzó hacia la cama, bajó ligeramente el embozo... y se quedó rígido, como si de repente un toque mágico le hubiera transformado en piedra.

—¡Dios del Cielo! —exclamó con incredulidad—. ¡Ed Forrest...!

CAPÍTULO VII

LA AVENTURA EN EL ESPACIO



ARTY! —miró fijamente al tío de Helen—. ¿Dónde han encontrado ustedes a Ed?

—No le encontramos, Barry. Él llegó a nosotros, como llovido del cielo. Helen y yo estábamos acostados cuando oímos roces en los cristales de la parte de atrás de la casa. Acudí, pistola en mano, y me encontré con el comandante, tambaleándose y con un rostro cadavérico. Le abrí, lleno de asombro. Casi me cayó en los brazos, tambaleándose desesperadamente, y gimió algo así como: «Gracias a Dios... estoy entre vosotros de nuevo... ¡Avisad... a Barry!». Se desvaneció, y aunque no presenta heridas, me ha sido imposible reanimarle con éter o con fricciones de alcohol en las sienes. No sé qué hacer con él, y... —el hombre se interrumpió, indeciso.

—Viene lleno de polvo del desierto —comentó Helen, mostrándole las ropas del hombre inerte—. Y parecía destrozado físicamente cuando llegó aquí...

—Tal vez lo esté —Barry le estudió, ceñudo—. Mi pobre amigo... Le imaginábamos en el espacio, perdido para siempre... y está aquí ahora. ¿Qué le habrá ocurrido?

—Es un misterio que sólo él puede revelarnos.

—Ha hecho bien en portarse cautamente, Culver. Es mejor que todavía no sepan nada en la base, hasta que nosotros podamos interrogar a Ed... —se acercó a él, sentóse en el borde del lecho y examinó su faz lívida, afilada, los párpados caídos sobre los ojos, la boca prieta y rígida. Añadió, lúgubremente —: Si es que podemos interrogarle...

Helen le tendió el frasquito de éter, y Barry lo pasó repetidamente bajo la nariz del hombre inmóvil. Después, al advertir que seguía sin dar señales de vida, acercó la boca a su oído y comenzó a murmurar:

—Ed, soy yo... tu amigo Barry. He venido, estoy aquí contigo, voy a ayudarte... Ed, por el amor de Dios, ayúdanos tú también... ¡Tienes que ayudarnos, porque eres tal vez el único que puede hacerlo!

Le repitió frases similares durante largo tiempo, sin dejar de utilizar el

fresco de sales. Marty Culver masculló, desalentado:

—Deje de preocuparse, Doyle. Me parece que no volverá en sí en modo alguno.

—¡No, tío Marty, mira! ¡Ya recobra el conocimiento! —replicó Helen, excitada.

Barry asintió. La cabeza de Ed Forrest se movía, sus párpados se alzaron ligeramente, y los ojos oscuros del comandante se fijaron, apagados, en Barry Doyle. Una mueca crispó sus descoloridos labios.

—Ba... rry... —jadeó muy débilmente—. Gracias... a Dios...

—Ed, estás de nuevo aquí, entre amigos —le alentó Barry—. No temas nada.

—Barry... tú no sabes... no sabes qué horrible... —musitó Forrest, dilatando sus ojos—. ¡Tienes que saberlo!

—Bien, bien, ya lo contarás todo —Barry le calmó, obligándole a apoyar la cabeza en la almohada—. De momento, las autoridades de la base nada saben de tu regreso. He creído preferible esperar a saber... por ti mismo, Ed, lo que ocurre en realidad.

—Has hecho bien, Barry —el comandante respiró aliviado—. Muy bien... Necesito algo caliente, un estimulante... y os contaré... toda la espantosa verdad, amigo mío.

—Voy a preparar café bien fuerte —dijo Helen con premura—. Estará enseguida, Barry. El coñac está en esa alacena. Puedes darle un trago, y creo que te irá bien.

La linda muchacha desapareció en la cocina. Barry buscó el coñac.

Veinte minutos más tarde, el comandante Forrest, con un nuevo color de vida en las demacradas mejillas, hablaba lentamente, mientras sorbía el café, sentado en la cama:

—No creí poder llegar por mi propio pie hasta el campamento, a través del desierto. Los cálculos me fallaron en casi dos millas, y fui a parar detrás de aquellas lomas al oeste...

—¿Pero cómo y en qué fuiste a parar allí? —interrogó Doyle.

—En la «Flecha Estelar», por supuesto.

—¡Ed! ¿Quieres decir... que te has ido al espacio con ella... y en ella has vuelto?

—Eso es justamente lo que ha ocurrido, Barry —sonrió débilmente Ed—. Soy el primer hombre que ha viajado a través del espacio, el primero que ha alcanzado la Luna, que ha pasado frente a ella, y ha visto su gigantesco disco luminoso al nivel de los ojos, como jamás fue visto por nadie. Yo, Barry, he dejado atrás la Luna, he seguido adelante por la negrura sinfín de los cielos cuajados de astros, astros cuya luz y brillo jamás sospechasteis... ¡y he llegado al Asteroide Púrpura de los Vegetales!

A medida que hablaba, se exaltaba y se erguía, llameantes los ojos, como evocando su fabulosa aventura más allá de lo conocido. Barry, fascinado, contuvo la respiración, y Helen, asustada, se acurrucó contra el joven teniente,

sin apartar los ojos del enfermo.

—¡Ed...! —la voz de Barry era un susurro ronco, estremecido—. ¿El... el Asteroide Púrpura has dicho...?

—Sí, Barry —adelantó la cabeza hacia él—. ¡Un mundo inaudito, más allá de la Luna, un satélite lunar, que atraído por su fuerza de gravedad, camina por los cielos ligado a ella, pero sin movimiento de traslación, únicamente rotando frente a la otra cara de la Luna, aquella que no vemos jamás los terrestres.

—¿Mas... has visto la cara oculta de la Luna, Ed?

—Sí, Barry. Lamentablemente, el mundo se sentirá muy defraudado cuando la descubra. Es igual a la que vemos, en estructura, aspecto muerto y total frialdad. Pero allí, frente a ella, brillando con una fabulosa luz violácea, al reflejar la del sol, está el asteroide, Barry.

—Por favor, Ed, ¿no puedes ir por orden, referirnos tus experiencias de una forma clara y definida?

—Perdonad, creo que yo mismo me estoy dejando llevar por mi inquietud y por mis emociones.

Tras una pausa, en la que se podía percibir el sibilante rumor de la respiración del enfermo o los golpeteos del corazón de Doyle en su caja torácica, siguió Ed Forrest, ahora más reposado y coherente:

—Tú sabes lo que planeé, en busca de la verdad: robé el «Star Arrow», tras desconectar los radio-mandos a distancia, para independizar la nave y su manejo de toda acción a ras de tierra. Era un riesgo suicida, porque la nave había tenido éxito únicamente tripulada a distancia, pero no directamente por un ser humano. Me jugué la vida en ello. Pero no me asustó la idea de morir. Valía la pena el sacrificio, Barry, si era por el bien de la raza humana.

»Subí a los cielos. Era una experiencia increíble, pero maravillosa. Salvé la atmósfera. Subí más y más, alcancé el espacio exterior y apunté los mandos hacia la Luna. El manejo de la «Flecha» es simple, para sus complicados mecanismos. Los reactores funcionaban a toda presión, no hubo el menor fallo. Los cálculos, afinados al límite por la séxtuple pantalla de radar y mandos de precisión, salieron bien. Rocé la zona de atracción lunar, sin someterme a su gravedad. La rodeé fácilmente, en medio de un impresionante espectáculo de luz, con la Tierra a mis pies, convertida en una esfera ligeramente achatada, de un azul pálido y grisáceo, cubierto de brumas.

»Entonces vi bajar hacia la Tierra aquellos extraños cuerpos, Barry.

—¿Qué cuerpos? —preguntó, sin aliento el teniente Doyle.

—Eran como plataformas flotantes, horizontales y de brillo metálico, que caían al igual que ligeras hojas sueltas, bajando suavemente hacia nuestro mundo. Las identifiqué en el acto. Era las que nosotros consideramos nubes plomizas. Me parecieron cuerpos gaseosos muy densos, sin duda una mezcla de agua y de semilla, que al contacto con la atmósfera terrestre se disuelven en lluvia feraz... Era como un otoño gigantesco, colosal. Cada plataforma era igual que una hoja ligera flotando en el agua de un estanque. Puede decirse

que planeaban en el vacío, bajando en número infinito hacia la Tierra...

—¡Dios mío, entonces no tenemos salvación! —gimió Helen.

—No, no tenemos salvación, amiga mía —afirmó gravemente Ed, mirándola con simpatía—. A menos que mi hallazgo haya servido de algo. La aventura no acaba ahí.

—¡Sigue, sigue, por amor de Dios! —apremió Barry.

—Después, vi al Asteroide...

»Era como una centésima parte de la Luna, un simple aerolito sujeto a la atracción lunar. Su intensa coloración violácea brillante me fascinó. Comprendí que estaba, al fin, frente al enigma. Y seguí adelante.

—¿Hacia el aerolito?

—Sí, hacia él. Directa y resueltamente hacia el Asteroide Púrpura, que se ofrecía ante mí, decidido a conocer su naturaleza, su secreto, aunque perdiera la vida en la empresa.

—¿Y...?

—Y me posé en él, Barry —el acento crecía de apasionamiento por momentos. Nuevamente Forrest se dejaba llevar por su excitación al referir la prodigiosa aventura—. Igual que si hubiera sido en la Tierra. Los reactores funcionaron, el «Star Arrow» se quedó en pie, erguido con su proa al cielo, sobre un suelo de hierba violácea. Todo en derredor mío era de ese color. Selvas prodigiosas, vegetación altísima, que casi ocultaba la luz lunar en una atmósfera densa e inquietante, pero que poseía oxígeno abundante a no dudarlo, porque yo no tuve dificultades en respirar. No me atreví, es lo cierto, a introducirme en la jungla. Porque todo aquello, Barry, «se movía, palpitaba...». En una palabra, era «un mundo vivo», en el que todo late y todo alienta con una vida que da miedo. Casi sientes, captas la existencia de esa vida en el aire, y te das cuenta, con terror, de que «te oyen, te perciben, te vigilan...».

—Dios mío, eso es muy fantástico...

—No lo es. Se intuye en el acto. Casi como si millones de ojos se clavaran en ti. Miras alrededor y ves sólo vegetales altísimos, vibrátiles, ondulantes, pero al parecer sin sentidos para apreciar nada. Y sin embargo... de pronto comencé a sentir que la hierba crecía bajo mis pies.

Un estremecimiento acudió a Helen, que se agazapó contra el torso de Doyle. Barry tragó saliva, sin apartar sus ojos de Forrest.

—Estaba desarrollándose al pisarla yo, Barry. Imaginé la razón. Detectada la presencia del intruso, los vegetales se defendían. Atacaban con sus medios, que son el crecimiento preciso para absorber la vida ajena. Comprendí el peligro. Tenía que huir de allí, escapar de aquel horror que me envolvería, aniquilándome sin provecho alguno para la Humanidad amenazada.

»Volví rápidamente hacia el «Star Arrow», pugnado por huir... y entonces me vi cara a cara con «él».

—¿Él? —Barry dio un brinco. Miró, con ojos dilatados a su amigo, que erguía febrilmente el rostro demacrado y terso—. ¿Quién en él, Forrest? ¿Qué

pretendes decirme?

—Lo que estás sospechando, Doyle —dijo con voz estremecida, horriblemente firme, el comandante Forrest—. Un «ser viviente», parecido a un humano... pero todo él de color púrpura. Un vegetal con pies, manos, ojos... y boca. Un monstruo de pesadilla, que se vino hacia mí, con unos tallos, punzantes, en forma de brazos, extendidos para aferrarme...

* * *

Por unos instantes, nadie habló allí. Eran tres rostros horrorizados los que miraban al hombre tendido en el lecho. Tres expresiones incrédulas y demudadas ante la sorprendente revelación.

—¡Forrest! ¿Estás... estás seguro de eso? ¿No sufres alucinaciones o crees ver lo que no existe? —jadeó Doyle, trémula la voz—. ¿Quieres decir exactamente un humanoide vegetal?

—Eso era. Una mezcla indescriptible de planta y hombre. Su piel era fibrosa, con el vello aterciopelado de una hoja vegetal, estaba cubierto de espinos, la faz era horrenda, desigual y abominable, los tallos de brazos y piernas largos y rematados en hojas recias, membranosas... El cuerpo, similar a una araña, adiposo y casi redondo, con fibras colgando de su abdomen o lo que fuese. Y exhalaba sonidos, Doyle... Sonidos inarticulados, roncos y extraños, pero que parecían formar un lenguaje rápido, incisivo y feroz.

»Eludí sus zarpas espinosas y me estremecí al sentir en el aire el cloqueo de sus pinzas duras, cortantes. Después, hice lo único que me era dado hacer. Extraje mi pistola y comencé a disparar sobre él. Las balas le agujerearon lo que parecía su cabeza, y también el cuerpo redondo. Empezó a destilar una pulpa horrenda por los boquetes, y saltaba como si le pinchasen enjambres de avispas. Luego, con un gorgoteo ronco, se abatió en tierra, a mis pies. Y la hierba crecía, crecía tanto, Barry, que ya me alcanzaba a las rodillas y, como infinitos tentáculos de medusas, se adherían a mí para frenarme, ceñían mis botas, enroscándose a ellas... Sin embargo, aún era débil su fuerza, aunque no tardaría muchos minutos en formar una jungla voraz... Me incliné y recogí al ser de aquel mundo.

—¿Lo recogiste?

—Sí, Barry. Será una prueba vital para nosotros, obligará a enviar proyectiles a la Luna, para atacar al asteroide directamente. Pude despegar de nuevo, mientras las hierbas luchaban en vano con la potencia de los reactores nucleares. Vi arder la vegetación viva bajo los chorros del «Star Arrow». Despegué, dejando atrás aquel horrible mundo pequeño, lleno de peligros y de horrores... y regresé a la Tierra.

»Mis cálculos fallaron por escasa distancia, y caí lejos del campamento. Ahora, el «Star Arrow» está allí, detrás de aquellas lomas, esperándome.

—¿Y con el «vegetoide» a bordo? —se alarmó Barry.

—Naturalmente. Está muerto, Barry. En todo el viaje, no ha dado señales

de vida. Y está bien guardado, en una de las urnas de vidrio del interior.

—No es ese «vegetoide» precisamente el que me asusta, Ed, sino lo que tu hazaña en el asteroide puede provocar. Si esos seres son inteligentes y tienen una organización creada, como parece deducirse de la invasión sistemática que están llevando a cabo, todo varía mucho ahora. No es una simple semilla cósmica llovida del cielo, sino el medio de ataque de una raza vegetal contra la forma de vida de la Tierra. ¡Ese rapto de uno de sus seres, que puede ofrecer al mundo la oportunidad de combatirles con seguridades de éxito, provocará nuevos ataques intensos y desesperados, para evitar toda defensa! ¡Hemos de recoger ese cuerpo antes que nada, Ed!

—Yo no podía traerlo, Barry... Me sentía agotado, mi provisión de oxígeno se agotaba, porque el aire acumulado en el asteroide por los depósitos automáticos se consumía con mayor rapidez, he caminado a la carrera desde allí al campamento, y no he querido hablar con nadie antes de verte a ti, Barry, porque creo que hemos de traer primero el cuerpo y advertir después al general. Sin el «vegetoide» a mano, no me creería una palabra, y cualquier retraso sería fatal, dadas las circunstancias.

Barry no dudó.

—Sí, Ed —Doyle tomó una decisión inmediata—. ¡Vamos, hay que acudir al sitio donde cayó el «Star Arrow» y traer aquí a tu pieza! Eso convencerá a todos de que es preciso obrar urgentemente!

—Nos verán salir, Barry. Yo he pasado a escondidas, pero no se repetirá la suerte.

—Yo creo que sí. Estoy de guardia esta noche. Tú te quedarás aquí y yo...

—No, Doyle —el comandante se incorporó vivamente—. No pasaré por eso. Vamos a ir tú y yo. Lo único que tenía era cansancio, agotamiento físico, de tantos días en los que apenas he dormido, viajando por el espacio. Sobre todo al regreso, con aquella cosa horripilante encerrada en la urna. A veces, me parecía que estuviese vivo y me mirase malignamente, pero enseguida comprobaba que eran temores infantiles. Iba muerto y bien muerto...

—¿Crees que estás en condiciones de hacer el viaje al cohete y volver?

—Estoy completamente seguro de que podré hacerlo, Barry. Andando, no hay tiempo que perder...

—¡Esperad! —dijo Helen—. ¿Vais a hacer el viaje a pie hasta las lomas?

—No habrá otro remedio. Tomar un «jeep», sería hacer entrar en sospechas a los centinelas...

—Hay otro medio, Barry: nuestra pequeña furgoneta.

—¿Tu furgoneta? —Doyle enarcó las cejas—. ¿Y cómo utilizarla?

—Puedo salir de la base, si tú lo autorizas. Yo llevaría oculto en el coche al comandante, daría vuelta a las cercas y te recogería a ti en la parte posterior del campamento, sin hacer el menor ruido. Después, partiríamos los tres hacia la nave.

—Un momento, Helen. No puedes embarcarte en todo esto. Es muy arriesgado para una mujer.

—Igual riesgo corren los hombres. No creo que los vegetales hagan distinción de sexos, a la hora de almorzar.

—Por Dios, tu sentido del humor me crispa los nervios.

—Eso demuestra que los tengo más templados que tú —rió Helen, divertida—. Vamos, no tienes otro remedio que utilizarme a mí, para facilitar las cosas. Y después de todo, ¿qué peligro puede existir ante un cuerpo muerto, por vegetal y terrible que sea?

—Está bien —suspiró Barry, resignado—. Creo que no habrá más remedio, Helen, que darte la razón. Pero sólo por esta vez. No quiero verte complicada en ninguna aventura peligrosa.

—Me parece que toda la humanidad está complicada en una aventura harta peligrosa, queramos o no...

—Bien, voy a autorizar tu salida de la base, con tu furgoneta —dijo Doyle, soslayando toda respuesta—. Te extenderé un volante, y saldrás del recinto, con un pretexto cualquiera. Que vas a Elkins, por ejemplo, a ver a tu tía enferma.

—No tengo ninguna tía en Elkins —rio Helen—. Pero valdrá como excusa...

CAPÍTULO VIII

EL MONSTRUO



N verdad que todo había salido muy bien.

Helen, conduciendo la pequeña furgoneta silenciosamente, rodeó el campamento tras las formalidades de la vigilancia de salida, y detuvo el coche frente a los pabellones sumidos en la oscuridad, de la parte posterior del campamento. Por la cerca alambrada, saltó Doyle, uniéndose a ella junto al volante. Del compartimento de atrás, salió el comandante Forrest, envuelto en una manta, mascullando entre dientes.

Ahora, se lanzaron por la ruta indicada por Forrest, hacia las lomas arcillosas del oeste, donde el comandante había tomado tierra con su nave interplanetaria.

Fue un viaje rápido y silencioso, durante el cual se mantuvieron sumidos en sus reflexiones los viajeros de la pequeña y eficiente furgoneta.

Al rodear las lomas rojizas, casi fuera de la vista de las cercas del campamento, pudieron ver el esbelto y puntiagudo cuerpo de plata apuntando a un cénit oscuro, cuajado de lucecillas parpadeantes. ¡La «Flecha Estelar» estaba allí, orgullosa y altiva, tras su fabuloso viaje a los espacios, con el primer hombre del espacio a bordo!

Detuvieron el coche junto al proyectil atómico, sostenido por sus potentes reactores sobre el suelo, y Helen vaciló al verse frente a la puerta neumática, que Forrest estaba a punto de mover por una simple acción sobre un resorte oculto de la nave.

—¿Dudas ahora? —sonrió Barry, burlón—. Vaya, tus nervios parece que empiezan a fallar...

—No, no es eso, Barry —la joven se mantuvo pegada a la figura erguida de Doyle—. Ha sido... como un presentimiento.

—¿Presentimiento? ¿De qué, querida?

—De... de un desastre inevitable, Barry, de una gran desgracia que nos espera, si cruzamos esa puerta.

—Es absurdo —rió Ed Forrest, acercándose a ellos—. Nada nos puede ocurrir. Lo que guarda esa urna es completamente inofensivo, y nunca más

podrá dañar a nadie...

—No he temido a lo de la urna, aunque parezca extraño —musitó ella—. Ha sido como... como algo infinitamente peor, que nos acechara, esperando nuestra entrada ahí...

—Indudablemente, te dejas llevar por el natural histerismo femenino —sonrió Doyle—. Pero puedes quedarte aquí fuera, mientras Ed y yo entrarnos en la nave.

—Sería mejor —aprobó el comandante—. Nosotros volveremos enseguida.

—¡No! —Helen se estremeció, mirando en torno—. También... También a eso tengo miedo, Barry...

Se aferró a su brazo, y avanzó decidida junto a él, cuando Forrest abrió la puerta de la «Flecha Estelar». Subieron a bordo en silencio. Al pisar la cámara de entrada, Forrest accionó otro resorte. La puerta se cerró suavemente a sus espaldas, y los tres avanzaron hacia el centro de la nave vertical, de muros curvos y metálicos.

—¿Qué es eso? —preguntó Helen, temerosa, al advertir el parpadeo de una luz roja, sobre una puertecilla metálica inmediata.

—Oh, no tema —rio Forrest—. Es simplemente la entrada a las pilas atómicas de la nave. Hay dos, una para cada par de reactores. Son potentísimas, a pesar de que cualquiera de ellas no excede en su dimensión a la de una pluma estilográfica corriente. Su fuerza nuclear condensada es enorme, y mueve esta nave a través del espacio. Bastaría cualquiera de ellas, sometida a un calor intenso, para que volase todo esto por los aires, y también una buena parte de Nuevo Méjico.

—¡Cielos! —Helen dio un respingo, mirando la puertecilla con terror—. ¿Y cómo puede soportar el calor de los reactores, sin provocar un cataclismo?

—Gracias a las cámaras refrigeradoras, que funcionan a más de treinta grados bajo cero, aislando del efecto térmico de los reactores a las masas o pilas atómicas en reacción. De ese modo, la explosión constante crea la energía, sin provocar una desintegración total, que se extendería en cadena inmediatamente.

Helen estaba algo pálida, mirando fijamente a Forrest mientras refería los datos técnicos de la carga nuclear del «Star Arrow». Pero el comandante, sin prestarle mucha importancia, avanzó hasta la puerta que comunicaba con la cabina de mandos, y anunció, abriéndola, con un gesto triunfal:

—Ahora, amigos míos, entrad y veréis mi trofeo. Vamos, no va a hacernos nada...

En aquel momento, la impresión del momento pareció vencer la ya escasa resistencia de Helen. Se tambaleó, aferrándose a un punto del muro cilíndrico, donde aparecían dos literas de emergencia de a bordo. Su rostro estaba muy demudado, tartajeó algo entre dientes, y rodó al metálico suelo reluciente, con un golpe seco.

—¡Helen —exclamó Barry, abalanzándose hacia ella—. ¡Helen! ¿Qué te

ocurre?

—Las emociones de última hora le han vencido —declaró Forrest suavemente, regresando también junto a ella—. Será mejor que no vea lo de la cabina de mandos, Barry...

Doyle depositó a Helen en uno de los blandos lechos de espuma y palmeó con dulce energía sus mejillas. Luego, rebuscó en sus bolsillos, extrayendo un frasco de «whisky», que acercó a la joven, hasta humedecer sus labios. Helen tosió, y algo de color asomó a su rostro. Entreabrió los párpados, gimió entre dientes, y se rebulló en el lecho.

—Barry... Ed... Perdonadme... —susurró—. Creo que no soy... tan fuerte como creía...

—Puedes quedarte aquí y esperarnos, Helen —musitó Barry—. Sacaremos a... bueno, a esa «cosa» envuelta en algo. No tienes necesidad de verla.

—Os lo agradeceré de veras. Creo que no lo resistiría...

—Claro que no —besó su frente suavemente, y luego se irguió—. Vamos, Ed. Saldremos enseguida, Helen...

—Id sin cuidado. Estando con vosotros aquí dentro, no tengo miedo.

Los dos amigos se dirigieron a la puerta curva de la cabina, y la cruzaron. La muchacha se quedó atrás, tendida sobre el lecho, con los ojos cerrados y respiración pausada.

Barry había visto ya la cámara de mandos del «Star Arrow», antes de su lanzamiento desde la base. Pero ahora todo constituía una experiencia nueva e inquietante. Ya no era el frío cuerpo de un experimento, sino una obra del hombre en la que ellos, Forrest y él mismo, habían tenido parte directa. Y que había llegado más allá de la Luna, se había posado en un mundo desconocido y terrible, regresando a la Tierra...

Contempló los complicados cuadros de pantallas de radar, televisión, radio-dirección, controles de precisión y mecanismos de rumbo y velocidad. Luego dirigió una mirada larga, vacilante, a la forma cubierta que se descubría sobre una de las estanterías metálicas situadas ante los gigantescos visores del exterior de la nave, que ahora sólo captaban el paisaje desierto y oscuro del Llano Estacado bajo las estrellas.

Señaló hacia la estantería.

—¿Está... ahí? —preguntó sordamente.

Forrest asintió con un movimiento de cabeza. Dirigió los ojos entornados y brillantes a la forma envuelta en un paño oscuro.

—Sí, Doyle. La prueba de la inferioridad de una raza, de una forma de vida ante la otra. Si hemos vencido a eso, venceremos a los demás. Un individuo o un mundo son lo mismo, cuando nuestra raza es superior. Míralo, Barry. Quería que fueras tú el primero que lo viese. Es algo prodigioso, que jamás imaginé.

Barry estudió a su amigo con cierta inquietud. Le encontraba nervioso y exaltado. Después de todo, no era una hazaña tan grande haber eliminado a un vegetal, por humanoide que pareciese. El viaje a través del espacio, o la

estancia en el Asteroide Púrpura, habían alterado notablemente sus reacciones y sentidos. Temía por él.

Cuando aferró la tela, casi experimentó el temor que Helen demostrara al llegar ante la nave aérea. Era como un calambre, un escalofrío... ¿Qué clase de monstruo, de ser abominable y horrendo iba a descubrir ahora ante sí, dentro de la cámara de vidrio que el «Star Arrow» llevaba a bordo?

Pero a pesar de ese temor, echó a un lado el tejido. Se enfrentó con la superficie vidriosa, y también con lo que contenía...

Retrocedió, desorbitados los ojos por el horror. Sintió cómo se erizaban sus cabellos ante la inaudita e inesperada visión. La risa de Ed Forrest retumbó dentro de su cerebro como un trueno sardónico.

¡LA URNA CONTENÍA UN ESQUELETO HUMANO!

* * *

—¡Ed! ¿Qué broma es esta? ¿Qué significa eso...? ¡Es el esqueleto de un hombre!

—Sí, Barry. El esqueleto de un ser humano. YA LO SÉ.

—¿Es que te has vuelto loco? —le miró, temiendo por su razón. Ed mantenía un gesto plácido, amable y sin sorpresas—. ¿Y tu famoso vegetoide, y esa fantasía de los seres de otro mundo?

—ESE PUDO SER un vegetoide, Barry. Pudo serlo, aunque no lo es...

—¡Acabemos de una vez con este disparate! —avanzó, irritado, hacia él—. ¿Es que has querido burlarte de todos, acaso?

—No, Barry. Acércate a ese esqueleto, examínalo bien. A fondo, ¿sabes? Y luego tendrás la explicación sin que yo tenga que decirte nada...

Doyle miró con rabia a Ed. Por primera vez no comprendía a su amigo, y eso le confundía. Pero leyó algo especial en sus ojos y se acercó a la urna. Contempló el esqueleto con renovado afán, clavando en él los ojos, para recorrer sus mínimos detalles anatómicos. El cráneo, de forma normal, con un largo surco, como una grieta, en el parietal derecho. Los largos brazos, de huesos blanquísimos, las costillas y las piernas también largas. Su mirada se sintió atraída por el brazo izquierdo, que mostraba una pieza brillante, de plata, en el codo.

¡Una pieza de plata en el codo!

Vívidamente, entró la luz en su cerebro. Un hombre alto... con una señal de herida lejana en la cabeza, a la derecha... y una pieza de plata en el codo izquierdo, señal de la rotura de un hueso en la Guerra Mundial...

—¡Nooo...! —jadeó, lívido, cubierto bruscamente de sudor, y sintiendo que el suelo oscilaba bajo sus pies—. ¡No es posible...! ¡No puede... ser!

Miró a Forrest con ojos desorbitados, incrédulos.

Y él asintió gravemente:

—Sí, Doyle. Puede ser... ESTÁS CONTEMPLANDO EL ESQUELETO AUTÉNTICO DE ED FORREST...

—Pero... ¡eso es absurdo, delirante! —rugió Doyle, avanzando hacia él—. ¿Cómo puedes tú hacer tal cosa...?

—Te dije que eso pudo ser un «vegetoide» —rió duramente Ed Forrest—. Pero no fue Ed Forrest quien venció en la lucha. Fui yo, EL VEGETOIDE... ¡Y Ed Forrest fue devorado, absorbido por mí, física y mentalmente, para adoptar su misma forma, su misma voz y pensamientos...!

* * *

Barry Doyle no podía creer eso. Su mente normal, su raciocinio humano y lógico, rehusaba aceptar tal explicación. Pero aquel era el esqueleto de Forrest, eso era lo único cierto e incuestionable... ¿Cuál podía ser la verdad de tal disparate, entonces?

Acaso Forrest estaba loco, se había trastornado en el viaje estelar. Doyle no dudó en afrontar la grave situación con violencia. Desenfundó su pistola rápidamente, dispuesto a arrancar a Forrest la verdad, fuese cual fuese.

Pero se encontró con una sorpresa desagradable. Forrest le estaba encañonando ya a él con su propia arma. Y la mirada, fría y brillante, sobre el negro cañón empavonado, no era precisamente amistosa.

—Doyle, no intentes la defensa o te mataré aquí mismo —dijo con frialdad la voz del que siempre fuera su amigo. Luego, recitó con monotonía—: La explicación que te he dado te parece falsa, asombrosa, sin embargo, es la cierta. ¡No soy Ed Forrest, aunque puedo hablar como él, saber cuánto él sabía, hacer cuanto él hacía, recordar todo lo que él recordaba! ¡Me enfrenté a él, allá en nuestro mundo! La historia que te conté no difiere mucho de la verdadera de Ed Forrest. Sólo varié el final. Sus disparos no hicieron mella en mí, cuando yo era un vegetal viviente de mi propia esfera. En cambio, mis tenazas absorbentes le aferraron, chuparon su sangre por sus miles de ventosas, y trituraron su carne hasta dejar su esqueleto tal como lo ves. Pero hice algo más, Doyle; algo que jamás supimos que se pudiera hacer a los habitantes de vuestro pobre y vil mundo: tomar su forma y su mente. Nos es posible una metamorfosis de cuanto absorbemos, y nos es posible también captar sus reflejos mentales, su cerebro completo.

«Me divirtió la idea de fingirme él, y de volver al mundo de Ed Forrest como tal. Además, necesitamos cobayas, cuerpos humanos con vida, para experimental en ellos, para estudiar su biología a fondo, y poder invadiros y dominaros con mayor rapidez y éxito que hasta ahora.

—¡Forrest, eso suena a delirios insensatos! ¡No puedo creer nada!

—No lo creas —rió, arrugando su brazo izquierdo y moviendo su cuerpo en forma serpenteante, como ningún ser vivo podía hacer, a no ser... ¡a no ser que careciera de esqueleto! ¡ERA FLEXIBLE, INARTICULADO, BLANDO TODO SU CUERPO! El horror inmovilizó a Doyle, y él completó con su voz, la voz que fuera siempre de Forrest—: ¿Ves cómo soy, en realidad? Mi naturaleza, aunque con humana apariencia, continúa siendo vegetal. Por mis

venas corre pulpa, no sangre... ¿Ves?

Golpeó su mano izquierda contra un borde metálico afilado. La retiró cortada, destilando un líquido amarillento, como el de un tallo quebrado. Doyle tembló, asqueado y horrorizado...

—No... no puede ser así... Forrest, el verdadero y noble Ed... muerto... ¡Y tú, cochina bestia, hierbajo inmundo, ocupando su lugar y su forma...!

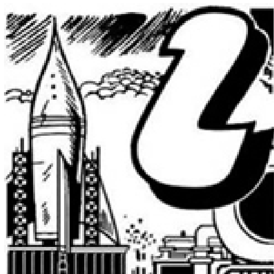
Se abalanzó sobre aquello, perdida la paciencia y la serenidad. El monstruo vegetal que era ahora Ed Forrest, no tuvo más que apretar el gatillo de la pistola. Barry Doyle sintió en su cabeza el impacto de la bala, retumbó la detonación dentro de la cámara de mando del proyectil, y el joven teniente cayó atrás, contra un cuadro de mandos.

El falso comandante lanzó un estridente chillido de ira al ver que el corpachón de Barry caía precisamente sobre el cristal que protegía los resortes de los reactores, y destrozando aquel con su cabeza ensangrentada, quebraba de un golpe las dos palancas de mando de los reactores 1 y 3.

Doyle, después del destrozo, rodó por tierra hasta quedar inmóvil.

CAPÍTULO IX

VANGUARDIA ATERRADORA



A dulce voz de Helen sonaba una y otra vez en sus oídos:

—Barry, cariño, vuelve en ti...

Doyle entreabrió los párpados. No era posible aquello. Él tenía que estar muerto. Un asqueroso y horrendo monstruo, encerrado en la forma física de Ed Forrest, había disparado sobre él. ¿O todo fue un sueño?

No, no era un sueño... Le dolía mucho la cabeza... Se llevó una mano a la sien derecha, y tocó un vendaje ancho y recio. Gimió, al sentir un vivo dolor en el hueso.

—Barry, cálmate —le pidió ella dulcemente—. No ocurre nada ahora. Te has librado de morir, porque él no quiso matarte. Dice que te disparó para desvanecerte, con una herida superficial...

—Si es así, es un tirador tan formidable como el propio Forrest y... —alzó la cabeza, intrigado—. ¡Helen, tú! Pero... ¿qué ha ocurrido? ¿Es que sabes ya...?

—Sé todo, cariño —dijo ella, estremecida de horror—. He visto el esqueleto, ese horrible ser me ha contado la historia que te contó a ti primero... Por imposible que nos parezca, por absurdo e inaudito que sea, hemos de rendirnos a la evidencia, Barry. Yo sospechaba ya algo así.

—¿Tú? —atónito, Doyle la miró con perplejidad, incorporándose del todo —. ¿Cómo es posible que tú...?

—No sé, Barry, pero vi algo raro en él. No era el de antes, y no sabía por qué. Creo que por eso tuve miedo y...

—¿Y...?

Ella miró en torno, a las paredes curvas que cerraban el lugar donde se hallaban.

—... Y me desvanecí, vencida por el miedo —completó apresuradamente —. Pero después, al caer tú, ese ser vino a por mí, y me lo refirió todo... y me confinó aquí contigo.

—¡El muy canalla! —Barry se incorporó, apoyándose en las paredes metálicas, tambaleante—. ¿Qué piensa hacer con nosotros...? ¿Llevarnos para

alimento de sus bestiales plantas vivas, allá en su mundo?

—Será el final, después de servirles de cobayas en sus experimentos biológicos. Sospecho que también nos engañó en su versión del Asteroide Púrpura, y que no son seres selváticos ni nada de eso. Tienen una forma de vida, son superdotados, y saben más de nosotros, que nosotros de cualquier otro planeta. ¿Recuerdas todos aquellos fugitivos que, en éxodo sin fin, iban llegando al campamento militar?

—Si —un nuevo temor brilló en los ojos de Doyle—. ¿Qué ocurre con ellos?

—Son «vegetoides» todos.

—¡No! —la negativa fue una ronca, desesperada protesta. Pero Helen afirmó.

—Sí, Barry. Lo son. Cuanto toca o absorbe una planta de esas, pasa a formar parte de ellas mismas. Y pueden efectuar la metamorfosis total en escasos segundos... Son una gente espantosa, Barry. Pero ten cuidado con lo que hablas. Creo que nos escucha ahora...

Una risita sibilante les llegó por una rejilla empotrada en el muro, sobre sus cabezas. Alzaron sus ojos, contemplando el altavoz interior de la nave. Barry rodeaba con sus brazos el cuerpo esbelto y tembloroso de la joven.

—Mis buenos amigos son astutos también, ¿verdad? —silabeó la voz de Ed Forrest—. Bien, no os molestéis por mí. Nada de cuanto digáis puede afectarme mucho. Ni creo que sirva para enmendar el rumbo de esta nave tampoco...

—¿Rumbo? ¿Es que estamos en marcha? —gritó Barry.

—Sí, Doyle, se me olvidó decírtelo. Aunque al caer parece ser que destruiste los mandos de dos de los reactores atómicos, ese ser ha logrado poner en marcha la nave... y ahora atravesamos los espacios siderales, en dirección a la Luna. Es decir, más allá de la Luna, hacia el Asteroide Púrpura de los «vegetoides»... como prisioneros de nuestros voraces enemigos...

* * *

Se había iluminado la pantalla televisora de la cámara, donde ambos jóvenes habían sido confinados por su secuestrador.

Por ella podían ver la paulatina proximidad del astro nocturno. Redonda, blanca y yerma, la superficie lunar se acercaba a ellos más y más, ya eran visibles sus cráteres, sus «mares» eternamente secos, sus quebradas y estériles planicies.

—Dios mío, Barry, esto es grandioso —susurraba Helen, a su lado, con la vista fija en la pantalla visora—. De no ser por el horrible final que nos aguarda, esta sería la aventura cumbre de nuestras vidas, la epopeya del hombre, llegando a las más lejanas regiones...

—Tripulados por un vegetal extraterrestre —cortó secamente Barry—. Es una gloria muy dudosa la nuestra, Helen. Frente a seres como ese que ahora

dirige la «Flecha Estelar», nosotros no somos nada, simples pigmeos fácilmente devorados.

—Barry, si pierdes la esperanza, y con ella la fe en que somos criaturas de Dios, y como tales no tan imperfectas como podemos parecer, todo se habrá perdido. Confiemos y esperemos aún, Barry... Siempre existe una posibilidad...

—¿Crees que aquí existe? ¿A miles de millas de la Tierra, a distancia ingente de nuestros amigos y compañeros, sabiendo que la propia Tierra peligra, con las bases militares repletas de supuestos refugiados que no son sino legiones de «vegetoides», esperando el momento de atacar? ¿Qué esperanza queda, qué podemos aguardar ya?

Helen enmudeció. Parecía que iba a hablar, pero se mordió los labios, mirando a la rejilla del muro metálico por dónde brotara la voz del actual amo de sus destinos, y no pronunció palabra. Inclinó la cabeza, como si asintiera. Doyle se arrepintió de haber hablado así, y la tomó suavemente por los hombros.

—Mi pequeña Helen, no debí de hablar así... —susurró—. Tienes razón; debemos confiar en un milagro. La Divina Providencia llega siempre a todos los rincones del Universo.

—Así está mejor, Barry —alzó la cabeza y besó sus labios—. Confiemos aún...

Enmudecieron, con la vista fija en la pantalla. La Luna crecía y crecía por momentos. A la vez, se iba desviando hacia la derecha de su campo visual, para dejar ver el negro cielo tachonado de lejanos astros, centelleantes y límpidos como jamás los viera el ser humano.

Estaban rodeando la Luna, iban a penetrar en su faz oculta, en la que nunca había captado la retina del hombre. La historia del falso Forrest era exacta hasta ahora.

Súbitamente, lo vieron.

¡El Asteroide Púrpura!

Allí frente a ellos, colgando del cielo, como sujeto por hilos invisibles a alguna poderosa y ciclópea mano. Muy púrpura, centelleante y esférico, flotaba en el espacio, alumbrado por la refracción solar de la Luna, intensísima en aquel lugar.

El «Star Arrow» rodeaba la esfera lunar abiertamente, lanzándose en derechura al Asteroide Púrpura, rotando lentamente frente a ellos, al alcance de sus miradas...

El asteroide crecía ahora de tamaño, como antes creciera la Luna. Sus detalles iban siendo visibles...

La voz del falso Forrest llegó a través del tejido metálico del altavoz:

—¡Estamos llegando a la base avanzada de Ultralia, cerca del planeta Tierra! Podéis verlo en vuestra pantalla. No quiero privaros de esa sensación única. Es lo último que veréis en vuestras vidas, porque ahí terminarán ellas. De la base avanzada de Ultralia no se sale jamás con vida, terrestres. Sois los

cobayas para los experimentos de la raza superior que ha de conquistar la Tierra y después todos los planetas.

—¿Pero eso no es vuestro mundo? —se asombró Doyle, señalando la pantalla.

—¡Claro que no! —rió la voz—. Es únicamente un satélite, un fragmento de nuestro mundo, lanzado al espacio para alcanzar los planetas solares y buscar en ellos nueva vida, ya que nuestro planeta se cubre de metano y uranio por momentos, imposibilitando la vida inteligente de los vegetales... Ultralia está más allá del Sistema Solar, más allá de los mundos que conocéis. Nuestra raza ha viajado durante siglos enteros a través de los espacios, desde sus remotos lugares de origen, para caer ahora en forma de aplastante semilla sobre vosotros. Esa semilla es el principio, el arma de choque, la vanguardia de Ultralia. Después... vamos llegando nosotros, los «vegetoides» inteligentes y poderosos, capaces de absorber energía, vida y formas.

—Es una pesadilla... ¡La más horrenda pesadilla de todos los tiempos! —rugió Barry, golpeando rabiosamente las paredes implacables de acero, sin un resquicio ni una abertura por dónde huir. Su única puerta, cerrada automáticamente desde la cámara de mandos, no podía abrirse desde allí dentro—. ¡Malditos cobardes, al menos dejad con vida a Helen! ¡Ella no tiene nada que ver en todo esto, ella no debe sufrir mal alguno!

—Nadie la obligó a venir —respondió la voz de la rejilla—. Ahora, correrá la suerte tuya, Doyle. Mi gente no puede tener sentimentalismos. Jamás los tuvo. No sentimos como vosotros, y eso nos hace más fuertes. La materia es más poderosa, Barry, que vuestras debilidades. El amor, el odio, el dolor y la alegría hacen frágiles a los hombres.

Barry inclinó la cabeza. Helen, suavemente, apoyó sus manos en él. Le alentó:

—No, cariño, no te hundas así. Recuerda: ten fe. Yo la tengo, Barry. Y soy feliz de estar ahora a tu lado, de compartir tu suerte, sea cual sea. Y acaso eso que tanto desprecian ellos, el sentimiento de nuestro amor, sea la salvación todavía...

Barry miró tristemente a Helen. Hubiera querido tener su optimismo, pero no podía. Sin embargo, le reanimó la luz animosa y vivaz que brillaba en las verdes pupilas hermosas. Rozó sus cabellos en un beso dulce y agradecido.

Logró sonreír.

—Casi me infundes esperanzas y confianza, Helen —susurró—. Dios te bendiga, pequeña...

Volvieron sus rostros hacia la pantalla visora. Y les ensombreció de nuevo descubrir tan cerca la forma esférica, purpúrea, del asteroide oculto a ojos de la Tierra.

Insensiblemente, la pantalla entera se convirtió en una masa violácea brillante. Cobró forma poco a poco, se distinguieron perfiles y contornos. Selvas, enormes y espesas junglas purpúreas asomaron ante sus ojos. Desfilaban rápida, vertiginosamente, bajo el proyectil terrestre, como en un

vuelo sobre las florestas tropicales.

Al fin, la proa de la «Star Arrow» apuntó horizontal, y se vio un horizonte de un azul amoratado y lívido, un cielo extraño y brumoso... y recortándose sobre él, al fondo, cercado totalmente por las selvas, un caparazón de metálico brillo gris, del que brotaban, en interminable hilera, hojas o plataformas de un gris metálico, con destellos tornasolados en púrpura. Eran igual que grandes hojas flotando en el vacío, pero dirigidas al espacio con un rumbo fijo, como una legión de mariposas inertes y horizontales.

—¡Nubes de semillas cósmicas! —susurró Doyle, asombrado—. También eso era cierto...

—Estáis ante nuestra ciudad oculta, Doyle —recitó la voz del jefe de la nave—. Allí dentro viven los «vegetoides» inteligentes, formando una colmena organizada y poderosa. De ahí surgen las órdenes, los sistemas de envío a la Tierra. Somos un mundo inteligente, y este planeta artificial, este asteroide enviado a los cielos, es la prueba de nuestra potencia. ¡Nadie nos destruirá, jamás... porque nadie puede, tampoco, llagar hasta nosotros!

La nave apuntó directamente a la cúpula gris centelleante, pareció ir disparada hacia ella. Barry aferró a Helen contra sí con fuerza, al tambalearse ambos dentro del «Star Arrow». La cúpula se acercó a ellos, cubrió toda la pantalla, les cegó con su brillo de bruñido metal... y de pronto hubo un choque, un impacto seco, que les lanzó por tierra, golpeándose contra las paredes metálicas de su encierro.

Allí permanecieron inmóviles, tendidos el uno junto al otro, desvanecidos de resultas del violento aterrizaje.

El nuevo despertar fue mucho más escalofriante y terrible que el anterior.

* * *

Encontrarse allí encerrado, entre muros vidriosos y totalmente transparentes, con una masa curiosa y horrenda de «vegetoides» frente a él, era superior a lo que la sensibilidad de un ser humano podía resistir. Pero Doyle se había enfrentado últimamente a demasiadas cosas inauditas y terroríficas, para impresionarse ya en exceso.

Sintió el horror, la íntima y desoladora convicción de que se había convertido en algo así como una bestia de un zoo infernal y monstruoso, encerrado en una jaula, ante la curiosidad ávida de miles y miles de espantosos seres violáceos, rugosos y orondos, con extremidades largas y cuajadas de espinos vegetales, y una especie de zarpas o tenazas, dotadas de ventosas similares a las de los pulpos.

Igual que un millón de repugnantes tarántulas encerradas en una habitación, los «vegetoides» contemplaban, con monstruosos brincos y expresiones grotescas en sus caras de velluda piel púrpura, dotadas de una especie de ojos o visuales redondas en número de tres, realmente horribles, lo que contenía la urna o prisión de vidrio levantada en mitad de aquella

muchedumbre de pesadilla.

Doyle advirtió que podía moverse, pero no avanzar o retroceder. Era igual que si un aire denso o un líquido invisible frenara sus desplazamientos dentro de la alta urna.

En principio creyó hallarse solo allí, y sintió un profundo terror por la suerte de Helen. Pero se tranquilizó al girar la cabeza y verla a su derecha, igualmente inmóvil sobre un punto del suelo vidrioso.

¡Pero ni Helen ni él llevaban encima prenda alguna de ropa, y eso les daba mayor y más horrible semejanza con un par de animales curiosos, encerrados para divertir a aquellos seres espantosos.

Apartó pudorosamente los ojos de Helen, que le había dirigido una breve y angustiosa mirada. No quería aumentar la vergüenza de la joven, aunque en este caso concreto bien poco importaban ya los prejuicios humanos ante situación tan desesperada.

—Helen... —dijo, y su voz resonó bajo la capa de cristal que les encerraba, sin que al parecer fuese oída en el exterior—. Helen, pequeña, ¿estás bien?

—Sí, cariño; no sufras por mí. ¡Oh, Dios, cuántas vejaciones!...

—Si pudiera hacérselas pagar... Esto, y la muerte de Forrest sobre todo... Helen, mi vida, hemos de resignarnos ya al fin... Y ése está cerca...

—¡Ojalá estuviera cerca, Barry! —suspiró ella—. Al menos sufriríamos poco... ¡Mira esas horrendas caras rugosas, de plantas infernales! ¿Qué puede esperarse de ellos? ¡Son monstruos voraces y crueles, carentes de sentimientos y de amor a sus semejantes o a los extraños! ¡Luchan por dominar, por sobrevivir y someter a la vez a los demás!

—Pues no me importaría unirme a ellos, Helen, luchar a su lado y traicionar a mis semejantes, si con ello salvaba tu propia vida...

—¡Barry, no digas eso! —le reprochó ella—. ¡Recuerda a Forrest, que murió por todos los humanos!

—Pero esto es demasiado, Helen, ¡No puede consentir el verte así, el saberte en peligro! ¡Quiero ofrecerles todo cuanto yo pueda hacer, a cambio de tu salvación!

Sus voces resonaban sordamente bajo la campana de cristal. De repente, como en respuesta a los ecos de los gritos de Barry Doyle, un gas blanco invadió la urna de exhibición de los terrestres ante los «vegetoides».

Barry sintió que sus sentidos se le iban, que se sumía en una negrura densa y pegajosa, adormecedora y suave...

Nuevamente recobró el sentido, y se encontró en una amplia estancia, tendido sobre un lecho de aspecto metálico, pero sumamente blando. Sobre él se inclinaba la imagen física de Ed Forrest —un monstruo vegetal en realidad —, y junto a él, varios de aquellos horribles seres violáceos, repugnantes y gordos como arañas.

Se irguió de un brinco, advirtiendo que de nuevo llevaba sus ropas y podía moverse con facilidad. El supuesto Forrest sonrió burlonamente, conteniéndole.

—Quieto, Doyle. Está usted aquí porque escuchábamos sus palabras dentro de la vitrina de exhibición a la que fue llevado junto con Helen, para que nuestro pueblo viese a los terrestres tal como son. Dijo entonces que se ofrecía a nosotros, a cambio de la vida de su amada, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto.

—¿Y sostiene eso? —preguntó suavemente el otro.

—Lo sostengo.

—Ella no acepta esa idea. Ni creo que la haga feliz con ella, Doyle.

—No me importa. Quiero salvar su vida. A cambio de ella colaboraré con los seres vegetales, aun con la mayor repugnancia.

—Sus sentimientos no nos preocupan, Doyle. Pero su promesa, sí. Puede sernos muy valioso. Cierto que podemos «absorberle» y metamorfosearse uno de nosotros en su perfecto «doble» físico y mental, pero no deseamos eso... todavía. Usted nos sería doblemente valioso. Como aliado de inestimable valor, y también como futuro objeto de experimentos. Incluso es posible que llegara a salvar su propia vida, aparte de la de Helen, si se comporta lealmente. No nos importa usted, ella u otro cualquiera. Proporciónenos nuevos ejemplares inteligentes, en quienes, estudiar la raza humana, y serán libres. Pero mientras usted trabaje a nuestro servicio, Doyle, ella se quedará aquí con nosotros. Es nuestra condición única.

—¿Y si luego no cumplen su palabra y destruyen a Helen?

—Ha de fiarse de nosotros. Podemos destruirles y no lo hacemos. ¿No es suficiente garantía esa?

—Sí, supongo que sí... —admitió Barry cansadamente, inclinando la cabeza.

—¡Magnífico! —el «doble» de Forrest sonrió, radiante—. Bien, adelante, pues. Usted, Doyle, volverá a la Tierra a bordo del «Star Arrow».

—¿Yo? ¿Y Helen... se quedará aquí?

—Eso es. Así se ha convenido.

—¡Tal vez no la vea jamás!

—¿Por qué no, si cumple su promesa, Doyle? La verá ahora, se despedirá de ella... y estará sana y salva cuando vuelva con otros prisioneros importantes. Después, hará nuevos viajes a nuestro servicio, y laborará por la victoria final de Ultralia y la raza vegetal. Al fin Helen será suya de nuevo y ambos vivirán felizmente.

¡Felizmente! Un amargo sentimiento de ira invadió a Doyle. ¿Feliz... a cambio de la suerte de millones de desventurados terrestres, de hermanos de raza, sangre, pensamiento o palabra? ¡Qué absurda palabra! Su abyecta actitud traidora de ahora sólo tenía una justificación, una excusa, aunque débil, a ojos de su propia conciencia: la vida de ella, de Helen...

—Sí. Acepto esas condiciones. Todo es mejor que ver morir a Helen...

—La ama mucho —sonrió el monstruo transformado—. Ya le dije que sus sentimientos les hace débiles. Incluso llegan a traicionar a su causa... Vamos, Doyle.

Barry echó a andar, sintiéndose miserable, cobarde y necio. ¡Si hubiera un medio de hacer escapar a Helen, de salvarla, a cambio de su propia vida, pero no de su traición! Los vegetoides eran sabios; sabían aprovechar las flaquezas humanas, que ellos, como seres insensibles, ignoraban.

Largos corredores de apariencia metálica, de irisada luz que fluía de muros y suelos, le condujeron en silenciosa marcha, en medio de un silencioso pelotón de monstruos vegetales, hasta una explanada central, de forma circular, en cuyo centro se erguía, majestuosa, la mole plateada, soberbia y aguda, de la «Flecha Estelar»... Al pie de la misma Helen esperaba, vestida también con sus ropas, erguida y serena, entre docenas y docenas de velludos entes violáceos, totalmente indiferentes a su hermosura.

—Nuestro amo y señor, el Controlador de Ultralia, sabe ser generoso con el que le sirve —anunció el falso Forrest, deteniéndose ante la nave—. Parte, terrestre, a tu misión. Cúmplela como mejor sepas. De tu regreso depende la vida de Helen. Ahora... despídete de ella. Sé breve y no intentes locura alguna. Seríais muertos en el acto, y dos «dobles» exactos vuestros regresarían conmigo a la Tierra, a cumplir la misión. Esos seres tan silenciosos y al parecer torpes son iguales a como yo era, Doyle. Les bastará tomar vuestro cuerpo y mente para expresarse como vosotros... pero con más inteligencia. Adiós, terrestre. Regresa pronto, no lo olvides. Y no fracases.

Doyle movió afirmativamente la cabeza. Avanzó, hasta detenerse ante Helen. Ella le miró, entre despectiva y pesarosa.

—Barry, ¿tú fuiste capaz de...? ¡Es horrible, no puedo creerlo!

—Se trataba de ti, Helen, de tu vida. Trata de comprender y...

—Nunca te comprenderé, Barry Doyle —dijo ella fría, distante—. Vete. Y no regreses nunca. Prefiero morir, a que traiciones a tu gente, a tus hermanos y a tu mundo.

—Helen, yo... —avanzó, extendiendo sus manos hacia ella.

—No, Barry, no me beses siquiera —le atajó Helen, durísima—. ¡Vete!

CAPÍTULO X

EL ÚLTIMO HEROÍSMO



IOS mío, Helen, esto es mil veces peor que morir... —susurró Doyle, hundido—. Pero si tú lo deseas así, jamás te molestaré ya... Adiós, amor mío...

—Puedes... puedes besar mis cabellos, como hiciste ya una vez —dijo ella de pronto, rota su voz por la tensión—. Pero nada más, Barry. Besa mis cabellos con calor, con el calor que yo sé que existe en ti... y adiós. Adiós para siempre...

Barry se acercó a ella, la estrechó entre sus brazos. Quiso buscar sus labios, pero Helen no cedió. Inclinó la cabeza, ofreciéndole su dorada melena, recogida en la nuca.

—El cabello, Barry —susurró ella a su oído—. El cabello... La pila... Está ahí desde... desde mi supuesto desmayo de aquel día... Temía que iba a ocurrir algo, y bajé a los reactores... la robé de su cámara frigorífica. Es... pequeña como una pluma estilográfica... Pero puedes hundir todo esto, Barry... Úsala. Cógela en tu boca... y utilízala... No te importe que yo me quede... Ellos serán destruidos...

—¡Helen, mi vida! —Barry no vació en besar sus cabellos con desesperación. Los ojos de las bestias vegetales estaban fijas en él en la gran explanada metálica de su ciudad cubierta, cuya cúpula se abría ahora como una gran semiesfera plegable. Sobre ellos, el azul violeta del cielo del asteroide se ofreció abierto a la fuga, a la vida—. Mi Helen...

Y cuando se apartó de ella los labios se oprimían, ocultando la pieza cilíndrica que guardaba su boca, el cuerpo arrancado de entre los cabellos ligados en la nuca, gracias a sus dientes. Sabía lo que era y lo que podía hacer. Sin pronunciar palabra, avanzó hacia el proyectil; Helen extendía sus manos hacia él, en desesperado ademán.

Doyle estrujaba su mente, sintiendo fija en él la astuta mirada del falso Forrest. Era preciso que este no sospechara. Pero también era preciso salvar a Helen, salvar su vida a toda costa. Tenía ya la destrucción del asteroide en su boca, pero ¿y la salvación de ellos dos?

Tal vez el sacrificio final se imponía. Era preciso morir junto con todos

ellos, por el bien de la raza humana. Pero no sin intentar antes todo lo humanamente posible. De estar él solo, no hubiera existido problema. Pero Helen, siempre Helen...

Se apoyó en el cuerpo metálico, mirando dolorosamente a Helen. Tenía junto a él ahora al falso Forrest, accionando el resorte de entrada. Doyle miró a los reactores posados en tierra. Dentro de unos segundos aquellos reactores, de los que dos habían parecido averiados por la caída de Doyle dentro de la nave al ser secuestrado, cuando en realidad era el astuto robo de Helen en las pilas atómicas la causa de su avería, aquellos reactores despedirían chorros de llamas y de calor, capaces de fundir el metal... y de poner en acción térmica una pila atómica, provocando el bombardeo de protones que crearía la fusión del átomo.

Pero aquello significaba la muerte de Helen... y tal vez la de él, si el calor provocaba la explosión en el acto. Sin embargo, no había otro remedio. Ya no podía vacilar ni perder un solo segundo.

Tropezó, cayendo a tierra al pretender subir al aparato. De su boca rodó a tierra el cilindro, del tamaño de un lapicero, oscuro y metálico. Su mano, diestramente, lo situó bajo el reactor número cuatro. Luego se incorporó, ya en el momento en que el «doble» de Forrest se inclinaba a ayudarle, ajeno a la maniobra.

Doyle miró fijamente el cilindro negro, pidiendo al cielo que no se desviara al ponerse en funcionamiento el reactor. Luego, se volvió a Helen. La miró con infinita angustia.

—Una vez más, por favor —pidió roncamente al falso Forrest.

—Sea —dijo con desgana este, tras una leve duda—. Pero rápido, Doyle.

Barry extendió sus brazos. Helen corrió a ellos, y se dejó ceñir, emocionada, rota en llanto. Ya no podía ni siquiera fingir su falsa altivez de antes.

—Vamos, ya es el momento. La verá cuanto antes, si regresa pronto, Doyle —dijo la dura, inflexible voz del monstruo transformado en terrestre—. Sepárense ya...

Entonces entró en acción Barry Doyle. La puerta de la nave estaba abierta a sus espaldas.

Alzó a Helen como una pluma entre sus poderosos brazos y la arrojó a través de la abertura. Ella cayó dentro aparatosamente, y Doyle gritó:

—¡Los mandos de botones rojos, Helen! ¡Ponlos en marcha!

Se volvió en redondo hacia Forrest, el «doble» de su mejor amigo, el monstruo que lo había devorado. No le dejó sacar esta vez la pistola. Le alcanzó de un mazazo implacable en el mentón, y luego le sepultó los dos pulgares en los ojos, a la vez que disparaba su rodilla, hincándosela en el vientre. Se dobló el cuerpo sin osamenta, y Doyle descargó un doble mazazo en su cabeza, arrojándole contra el cuerpo del «Star Arrow», aparatosamente.

Un clamor estridente y agrió le llegó de la multitud de «vegetoides» congregados en la plaza. Una legión nauseabunda de arañas parecía venir

hacia él. Los «vegetoides» le arrollarían en cuestión de segundos.

Y el falso Forrest llevaba ya sus manos a la pistola, para aniquilar a Doyle. Barry le soltó un patadón bestial al rostro y corrió luego hasta la puerta, que cruzó de un brinco inaudito. Sus músculos respondieron como tal vez jamás volverían a hacerlo.

Aterrizó violentamente dentro de la nave y se volvió con furia salvaje, a tiempo de cerrar el portón automático, cuando ya Forrest y varios «vegetoides» se estrellaban contra él. Rápido, desconectó de un manotazo el mecanismo, dejando la puerta cerrada por dentro. Nadie, en el exterior, podría abrirla.

Corrió hacia la cabina de mandos, donde Helen, jadeante, se abalanzaba sobre los mandos, pulsando los botones rojos con ambas manos. Trepidaron los reactores. Doyle, lívido, se arrojó en brazos de Helen, después de mover la palanca de salida.

—¡Dios nos proteja, Helen! —musitó—. ¡La pila atómica está bajo el reactor cuatro!

—Lo sé, Doyle... —gimió ella, besándole con desesperación—. Si volamos desintegrados... ¡adiós para siempre, amor mío!

Silbaron los reactores al rojo vivo, despidieron chorros de humo y llamas sobre el suelo del asteroide. La cúpula metálica comenzaba a cerrarse, sin duda tras una urgente llamada de los «vegetoides» a su Sistema Central.

El «Star Arrow» salió proyectado al espacio, como una vertiginosa y espléndida saeta de plata, cuya cola despedía chorros de llamas.

—¡Malditos! —aulló el falso Forrest, alzándose del suelo, adonde la potencia de la salida le había lanzado. Con los cabellos en desorden, enarboló su puño furiosamente—. ¡Malditos, volveremos a vernos! ¡En la Tierra no escaparéis a vuestro destino!

De pronto, descubrió lo que había en el suelo, lo que, en medio de un torbellino de humo abrasador, donde antes reposaba el «Star Arrow», fulguraba con roja luz blancuzca. Desorbitó los ojos al reconocerlo, y extendió las manos, trémulas.

—¡Atrás! ¡Atrás! —rugía, en una lengua estridente y agria, volviéndose a los «vegetoides»—. ¡Es una pila atómica al rojo vivo, a punto de fusión! ¡Atrás!... ¡Es la destrucción! ¡Esos malditos han planeado destruirnos!... ¡No sé cómo lo han hecho, pero esa pila... esa pi...!

De pronto, el falso Forrest no fue nada. Ni ninguno de los seres de la explanada. Ni nada de cuanto había en millas y millas a la redonda. Una vorágine fabulosa de llamas y de humo blanco, densísimo y terrible, brotó de los suelos súbitamente.

El uranio en fusión estalló, provocando la desintegración atómica, el grado térmico alcanzó su punto culminante, cuando ya la «Flecha Estelar» se perdía en los cielos, como una lejana centella de plata...

El hongo colosal, aterrador, brotó del asteroide, se alzó a los cielos, estremeciendo el pequeño planeta, llenando de fulgores los espacios lunares.

Un estallido alucinante lo ensordeció todo con su estruendo. El asteroide se resquebrajó, fundiéndose en la nada sus selvas vivientes, disolviéndose en puro polvillo las plataformas volantes con destino a la Tierra...

El átomo, terrible y destructor, implacable arma de los humanos, había alcanzado su mejor y más noble empeño: el fin de un mundo enviado para aniquilar a la Tierra.

Arriba, lejos, ya del alcance de la reacción termonuclear, que por el abundante hidrógeno del asteroide provocaba la destrucción total de éste, lanzándole en fragmentos invisibles al espacio en estallido aterrador, unos ojos humanos vieron el fin de los «vegetoides» y, con ellos, del asesino de Ed Forrest, el primer héroe caído en la lucha más allá del espacio terrestre.

Ellos también podían haber muerto en el empeño, pero su último heroísmo obtenía el premio mejor de todos: la vida, la libertad, el regreso a su mundo y a su felicidad.

—Barry, ¿lo has visto? —lloró Helen, radiante de alegría—. Había que tener fe, esperar el milagro...

—Sin ti, sin tu agudeza femenina, jamás hubiera sido posible...

—Acaso algo superior me iluminó entonces, Doyle. Para mí, siempre será un milagro.

—Y para el mundo, cuando sepa la historia, también...

—¿Nos creerán, Barry?

—Claro que nos creerán. Tienen que creemos, pequeña. Y, además, hay que ganar aún la guerra contra ellos. Al no seguir llegando sus aliados, se agotarán pronto. Y los falsos humanos, los «vegetoides» que han «absorbido» a los hombres que se fingen ahora refugiados, serán descubiertos fácilmente. La prueba de los rayos X descubrirá que carecen de esqueleto... como el monstruo que mató a Forrest.

—¡Barry, es una gran idea! Ninguno podrá escapar...

—Claro que no. Todavía correrá sangre, habrá muchas muertes y costará tal vez unos años aniquilar al último «vegetal inteligente» sobre la tierra, pero ganaremos, sé que ganaremos. Porque los hombres, con todos nuestros defectos, con nuestros sentimientos, que tachan de absurdos y débiles, somos los más fuertes todavía, y jamás seremos doblegados por invasores de otros mundos. Con fe, con la fe que tú mantuviste en todo momento, Helen, y con la confianza en nuestra propia fuerza, defenderemos siempre nuestra libertad y nuestro derecho a amar, a ser buenos y a sentir cosas nobles y honradas.

—Barry, mira en esa pantalla. Volvemos a ella, a la vieja amiga Tierra...

Era cierto. En los visores del cuadro de mandos aparecía la familiar esfera azulada, rodeada de brumas, como un hogar querido al que se regresa después de haber, pensado que jamás se vería de nuevo...

—Sí, Helen, volvemos... —susurró Doyle—. Volvemos... para siempre.

Manipuló los mandos y centró el rumbo.

Dentro de poco tiempo el «Star Arrow» volvería a posarse sobre las planicies arcillosas de Llano Estacado, frente a las cercas de alambre,

familiares y entrañables, del puesto militar.

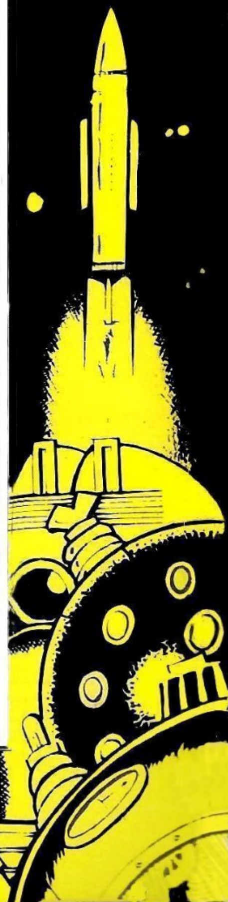
La aventura había terminado.

Lo demás... era cosa del resto de la especie humana.



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

138. — Locura espacial. — H. S. Thels.
139. — Mundo de paz. — Clark Carrados.
140. — El fin del mundo. — Law Space.
141. — El gran peligro. — Roy Silverton.
142. — Espía de Sirio. — Clark Carrados.
143. — Yo, el monstruo. — Johnny Garland.
144. — La reina de las estrellas. — Clark Carrados.
145. — La venganza del cerebro. — Law Space.
146. — El mito de Fausto. — H. S. Thels.
147. —. ¡Estaban con nosotros! — Law Space.
148. — El fin de Lemuria. — H. S. Thels.
149. —. ¡Hola, terrícola! — Law Space.
150. — Ventana al futuro. — Clark Carrados.
151. — Mundo hostil. — H. S. Thels.
152. — «Jaque Mate». — Law. Space.
153. — La ciudad monstruosa. — H. S. Thels.
154. — Parásitos cósmicos. — Law Space.
155. — El principio del Edén. — Clark Carrados.
156. — El tirano del Universo. — Johnny Garland.
157. — Lobos del espacio. — Clark Carrados.
158. — Los últimos selenitas. — Roy Silverton.
159. — Cárcel de acero. — Clark Carrados.
160. — Supervivientes. — Law Space.
161. — La puerta infinita. — Clark Carrados
162. — Semilla cósmica. — Johnny Garland.



Escena de BAUTISMO DE FUEGO.
de Columbia Films

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos